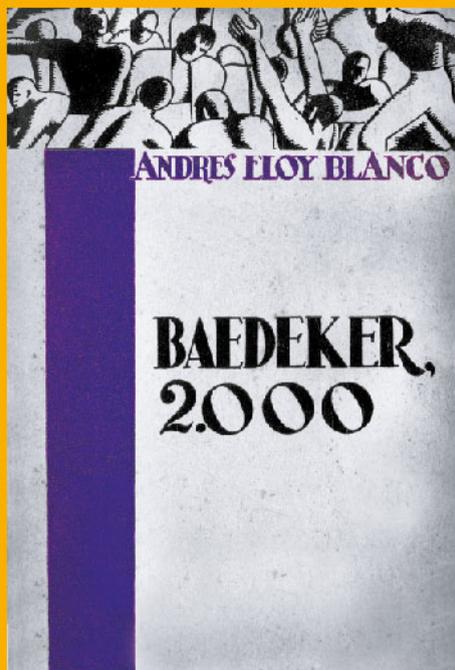


Andrés Eloy Blanco

Baedeker 2.000





BAEDEKER 2000


ELPERRO
yLARANA

1.ª edición Cooperativa de Artes Gráficas, Caracas 1938

2.ª edición Editorial Cordillera, 1960

3.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

© Andrés Eloy Blanco

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

X

Facebook: El perro y la rana

Twitter / X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Edición y corrección

Luis Lacave

Diagramación y diseño de portada

Roberto Chávez Pabón

Imagen de portada

Primera edición de *Baedeker 2000* sin datos del ilustrador

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5724-4

Depósito Legal: DC2025000358

Andrés Eloy Blanco

BAEDEKER 2000

UN FUTURO CON NOMBRE DE COLOMBISMO

I

En el año de 1923, Andrés Eloy Blanco viaja a Europa para recibir el primer premio en los Juegos Florales de Santander, por su poema “Canto a España”. El certamen había sido patrocinado por la Asociación de la Prensa de Santander y la Academia Española de la Lengua, esta última fungió como jurado del concurso. El gobierno de Venezuela había dispuesto que la oradora de orden fuese Teresa de la Parra y que incluso, para sorpresa y sospecha del poeta, la Embajada de Venezuela en España le ofreciera un cargo diplomático, con el fin de mantenerlo alejado de las actividades contestatarias por las cuales era conocido (recordemos que ya había sido encarcelado en 1918).

Sin embargo, lo que condicionará ese viaje —debemos pensarlo teniendo a *Baedeker 2000* como prioridad— es el roce, las conversaciones, lecturas y libros con los cuales Andrés Eloy Blanco se vincularía a un grupo de poetas, ya consolidados como antecedente escritural y genésico de este maravilloso poemario. En esas peñas literarias coincidirá con escritores de la llamada generación de 1898, con los futuros escritores de la generación de 1927 y otros que se encontraban en tránsito en la búsqueda de su propia expresión. En estas veladas hizo amistad con Ramón del Valle Inclán, Federico García Lorca, Antonio Maura (exministro de Gracia y Justicia), Gerardo Diego, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Emilio Carrere, Julio

Camba, Wenceslao Fernández Flórez, Concha Espina, Pepe Ciria, Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, Antonio y Manuel Machado.

¿Habrá leído el primer manifiesto ULTRA, publicado en la revista *Cervantes* en 1918 en España, o las polémicas que surgieron en Latinoamérica? Lo cierto es que tiempo después de esta visita, Guillermo de Torre publica *Literaturas europeas de vanguardia* (1925). Esta obra marcará una transformación radical entre lo ideológico, lo social y lo poético al momento de pensar la vida y el arte. Venezuela no escapó a la influencia de este libro, incluso, en la revista *Élite* aparecieron fragmentos, notas y algunos reportajes que intentaban conceptualizar la denominaba vanguardia, así como poemas “a lo vanguardista”. Estos preceptos y análisis de Guillermo de Torre fueron leídos atentamente por escritores latinoamericanos, lo que llevó a una implosión creativa y creacionista a la que se sumaron Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges, César Vallejo, Arturo Uslar Pietri, Mário de Andrade, entre otros. Es claro: la vanguardia también era el rechazo a una tradición tanto en la forma de escribir como en la manera de pensar y concebir la realidad; acá no bastaba con imaginar sino llevar la poesía a la cotidianidad de la existencia con el fin de transformar la vida. Esto significaba que los poderes constituidos necesitaban ser renovados, una praxis protopartidista que a la larga definirá ideológicamente formas y maneras de vincular lo político con lo poético. El período que abarca desde 1920 a 1936 será fructífero en lo literario, aparecerán libros de Julio Garmendia, Teresa de la Parra, Antonio Ramos Sucre, Arturo Uslar Pietri, Salustio González Rincones, Rómulo Gallegos, por mencionar a los más representativos. Es el momento de la consolidación de una literatura nacional con marcada circulación de escritores venezolanos en otros países. También aparecerá el primer y único número de la revista *Válvula*, que dejó de circular por los eventos sucedidos durante la semana del estudiante, en 1928. En estas protestas, Andrés Eloy Blanco es hecho prisionero, sentenciado y condenado, para terminar siendo confinado al castillo Libertador de Puerto Cabello, luego sería trasladado a Mérida y por último, a Caracas.

II

En el castillo Libertador el poeta es profesor, decano y rector de planes de estudio que se organizan entre los presos; impulsa junto a otros compañeros de causa la Universidad Popular, con el nombre de Cipriano Martínez (un llanero que fue torturado por iniciarse en el aprendizaje de las primeras letras). Al tiempo concibe la idea de escribir un libro en el que pueda transmitir la experiencia carcelaria. Sin embargo, su escritura es sometida a una profunda reflexión —un poco similar a lo que pasaría con Pablo Neruda con las tres *Residencia en la tierra*—. Será en el castillo Libertador donde escribirá *Barco de piedra*, *Malvina recobrada* y gran parte de *La juanbimbada*. Atrás quedaron aquellos versos de adorno que aparecieron en la sección “Blasones del Ávila”, junto a los rostros femeninos de la flor y nata de la alta sociedad caraqueña, en *Élite*. Años después, el autor dirá: “Yo era un poeta de Juegos Florales, casi un poeta de salón. En la cárcel me encontré conmigo mismo, y los versos de *La juanbimbada* son los versos de esa época”. La experiencia de la prisión, la suma de los “ismos” y la conformación ideológica, durante su estancia en cautiverio, determinarán en Andrés Eloy Blanco la concepción —como una fruta extraña y atípica en su producción— de un poderoso dispositivo poético, influenciado por las vanguardias europeas y latinoamericanas, y, aún más allá de todo efectismo literario, un poemario conceptual donde el poeta señalaba el porvenir desde un estado del alma al que llamará “colombismo”. Es así que nace *Baedeker 2000*.

III

La utopía colombista busca la integración del hombre humano, no nuevo; es decir, busca otro hombre diametralmente diferente al hombre de 1928 y 1932 (años de escritura del poemario) en el futuro año 2000. El tiempo dentro del tiempo, como una espiral incesante, el hijo se convierte en padre y el padre en hijo; acá la utopía por fin convertirá a América en un continente no fragmentado. El poeta viaja (recordemos que Baedeker es el apellido de un famoso editor que concibió unas guías para viajeros en 1830 y que se imprimieron hasta 1960), ve a sus hijos y a sus hermanos en las generaciones del 1918 y 1928. Esta evasión, a la que enuncia Andrés Eloy Blanco en el prólogo del libro, y que llama suprarrealidad, es concebida, intencionalmente, como escape ante la opresión carcelaria durante la dictadura gomecista. El poeta no se evade como individuo, se lleva con él a los suyos, a sus desocupados hermanos de celda. Es así que el futuro deberá presentar una sociedad ideal en la que construirá una utopía comunitaria, un espacio donde la belleza, la libertad y la justicia prevalezcan, una sensibilidad nueva en donde “las máquinas lograrán un corazón como los seres”, a decir del autor.

IV

Esta tercera edición (la primera es de 1936 y la segunda, de 1960) tiene una significación especial, al integrarse a una colección que tiene como objetivo fomentar la ciencia ficción venezolana. Aun cuando, al momento de ser escrito o publicado, el poemario jamás persiguió una literatura de imaginación y menos una categoría científica, hemos valorado elementos presentes e insoslayables que se bifurcan en el llamado futurismo, ya sea como corriente de la vanguardia o el futurismo que anticipa el desarrollo de sociedades distópicas o utópicas: los límites de las inteligencias artificiales, mundos inexplorados y la persistencia del vacío existencial, a pesar del avance y bienestar en que los seres humanos han alcanzado su ideal. Si bien hoy la vanguardia es menos que una novedad, no deja de ser oportuna la reedición de esta rareza en la producción de Andrés Eloy Blanco. Por otro lado, esto muestra el profundo interés de que *Baedeker 2000* sea leído como una guía de viajero (no a lo Douglas Adams, claro está), al participar en el recorrido que realiza el poeta teniendo como cima una integridad social y Latinoamericana en un lugar (por terminar de construir) llamado Colombismo.

ELIS LABRADOR
Editorial El perro y la rana

*Al hijo de mi hijo, padre de
la divina muchedumbre.*

PRÓLOGO

Cuando hablo de colombismo, no pretendo exhibir un “ismo” más. Colombismo no es una escuela. Es un estado de alma. En la América por descubrir, aún más que en otras tierras, el mundo está a retaguardia del Poeta. Homero crea un mundo. Es el Vate, el Vidente. Lo anuncia y lo prepara en sus personajes, en sus modelos; en esos modelos va a vaciarse el espíritu de Grecia. Homero la ha pre-creado. Dante, inconforme del mundo que vivía, creó el suyo y en su Infierno, en su Purgatorio, en su Paraíso, distribuyó a los seres según Justicia.

Este libro –“Baedeker 2.000”– fue escrito en las bóvedas del presidio de Puerto Cabello. En presencia de la realidad rechazada por el ser, el Poeta intenta la evasión; crea su mundo y se mete en él; ya no vive sino en él; ni un minuto más está en la cárcel. Ha creado la realidad deseable. Es una súper-realidad, pero no aislada ni hermética. Con él quiere el Poeta que vivan todos los seres del mundo derrotado, de la realidad indeseable que rodea y de la que está fuera de la cárcel, por todas partes, rodeando a los pueblos transidos.

En esa actitud de crear, de buscar mundo nuevo, de anunciar con anuncio de Vate, cabe entero el descubridor. El mundo de América hay que descubrirlo; va a ser el mundo para el mundo. Lo está esperando el corazón desolado de tierra.

El Poeta, en ninguna hora de su evasión, se fugó solo. Embarcados con él, almas de hombres y almas de pueblos, emproan la ruta de la superación. La función descubridora de mundos, anunciadora de justicias y climas, ansía renacer para dignificación del Hombre y del Poeta. He allí el estado de alma “colombiata”. El colombismo

aspira al regreso del poeta a la humanidad y la incorporación de lo lírico a las fuerzas útiles del mundo. El “Colombismo”, como expresión de lírica revolucionaria, aspira a lo clásico: situar al artista en la proa de la humanidad; reivindicarle su función creadora, anunciadora, descubridora de mundos. Devolverlo a su valor homérico, a su valor dantesco.

El “colombismo” es un estado de alma del Poeta frente a la responsabilidad.

ANDRÉS ELOY BLANCO, 1938.

AUTORETRATO

Nací en una revuelta,
y me voy por la puerta de un idilio,
viví una Revolución.

Estoy de pie en los campos
que mi calor maduró al fin para los hombres.

Ante mis ojos,
las llanuras que sabían a sangre
están tendidas, puestas a secar.

De la montaña ideológica
quedó una frase de divinidad sustantiva:
el Hombre es una fuerza que ama.

Ayer fueron los lobos a comer a mi puerta
y el lobo es el hombre del lobo.
La tierra está calmada como después de un cuento.
Quien menos oye, oye amar a la semilla.

El caliente ecuador
es una rueda de amigos
y una espiral de voces acuatiza en las nubes.

Yo vi el día solar en que murió la guerra
y puse mi reloj en el primer minuto
Soy magro. La calavera
asoma a flor de piel;
dos hilachas de nieve atraviesan la calva;
tengo el amarillento de las hojas de octubre
y mucho escrito en el pergamino de las manos.

Pero siento elásticos los tendones
y tengo una legua de mirada.

Aquí estoy en los campos.

Bebí el último trago romántico
y el primer sorbo ultraísta.

Le di a la vida, instante por instante,
todo, todo y la noche extra sobre el cuadrante.
Con la voz de mis horas cantó ella;
lo que el camino me iba sembrando por los pies,
me florecía en la cabeza.

Amor: viví bastante
para encontrar de nuevo a mi primera novia
y tomarla otra vez en su primera nieta.

Tuve un archivo;
lo he ido quemando.

Amo al Arte en el Poeta de Hoy,
bello como el atleta griego,
tallado de deportes,

que salta de la cama al estadio
y va a la plaza pública, donde el pueblo lo usa
para lanzarlo como un disco en la armonía de la macana.

Creo en el poeta útil,
soberanamente altruista,

y atadamente extraterritorial,
cuyo canto higienizado
sea un surtidor de salud
que se respire como un temperamento.

Tengo 103 años
firmes, como erecciones.

Recuerdo el día
en que fui injertado de la glándula taumaturga.

El cirujano
sembró en mí la astilla de eternidad.

Para injertarme
trajeron un gorila de timidez resuelta,
como la que da el ojo de un inmigrante joven.

Era un hermoso cuadrumano,
un segundón de selva
el hermano de leche de mi resurrección.

Al concluir el injerto,
quedé dormido.

Pero aquella misma noche
empecé a sentir a mi huésped moverse.

Se aclimataba a mis vías urbanas
con torpeza de criado pueblero.
Lo sentía saltar de rama en rama

hasta la copa de mi árbol circulatorio.
Lo sentía colgado por el rabo en mis nervios;
y al fin se fue asomando al sabor de mi boca
cuando la carne del balneario se desgajó sobre la arena.

Tengo 103 años
firmes como erecciones
y digo que la vida es buena de beberla.

Tengo cien hijos míos
y en mi próximo plano
seré el mejor logrado de mis nietos.

Tengo cien hijos míos
y uno que tuve en nombre de mi hermano el gorila,
porque puse en tenerlo mi pedazo de él.

Estoy de pie en los campos, esperando a mis hijos
para darles el santo y seña de mi vuelta.

Soy un siglo con erección de antena
y gozaré al sembrarme en el surco caliente.
Ese día —¡por fin!— la amada tierra y yo
acabaremos juntos.

Regresaré. El amor estará cosechado.
Encontraré plantada una selva de madres
y dar mi canto nuevo a los cuatro horizontes
regresarán mis hijos, eternos de esperarme.

LA CASA, LA NOVIA Y JUAN

JUAN BIMBA

1930:

Juan Bimba
es el hombre del pueblo de Venezuela
Se llama Pedro Ruiz,
Juan Alvarez,
Natividad Rojas,
pero se llama Juan Bimba.

Es buena persona;
puede matar pero no roba nunca.
Su malicia no es mala,
nace del mal que le han hecho
y por eso Juan Bimba lo dice todo a medias,
les echa media mirada a las cosas,
se masca su tabaco y su verdad y traga.

Su bellaquería
le asoma a esa mirada que es todo él,
esa mirada candorosa,
con su punto de burla,
y su punto de susto
y su punto de bobería
y su punto de desolación
y su punto de amenaza.

Su alegría está reglamentada
como el tráfico

y cuando ríe de un todo
es con permiso del gobierno.

Tenía veinte caballos;
la Revolución le llevó diez;
para perseguirla,
el Gobierno se llevó los otros diez;
y cuando no tuvo nada
se lo llevaron a él.

Pelea por un hombre a quien no ha visto nunca;
tiene fiebre,
cansancio,
y no sabe llorar.

Cuando llega a Comisario
se quita el nombre de Juan Bimba
y va tomando grados
hasta la honradez de General.

Va por las calles y los campos
en una tierra enferma de heroísmo,
viendo estatuas,
saludando con su media sonrisa
a los generales de bronce,
a los coroneles de mármol.

Tiene una vaga idea
de Independencia y Federación;
ama a Páez, sin saber por qué
—acaso subconciencia de afinidad—;
ama a Bolívar
con vago temor de no reconocerlo;

ama al extranjero;
no es fanático, —tanto le llega
de Dios como de la Federación—;
tiene madera para pueblo grande,
sufre, en color de pueblo el cloasma del jefe.

Y en su honrada mano
la bandería es un vitiligo.

Sin embargo, no odia más que al Jefe Civil.
Le hemos dicho que él es el dueño de esta tierra
y dice que no le hablen de política.
Se va acercando al libro y le acaricia el lomo,
como si temiera espantar un caballo.

Un día lo embridará; ese día
lo saludarán las estatuas.

2000: Juan Bimba y su primo Juan Shonfeld
van al campo.

Ríen alto; en el fondo de su risa
van a buscar los hombres la llave de las tierras.
Vienen del gran rodeo; bajo sus largas sogas
ha caído el rebaño de caballos de bronce.

LA NOVIA DE JUAN BIMBA

No es válido que la quiera
como la quiere,
gracia, como la quería
cuando estaba como un trapo
y en la espina.

Cuando le andaba al costado
le daba a uno en el pecho
la impresión
de que la estaba esperando
para meterla en el hueco.

Ahora no tiene gracia
que la quiera,
si está la novia en un punto
para gotear de la mata.
Se echa al cuerpo las cayenas
y los mastrantos del llano
y el frailejón de la sierra
y las lefarias de Coro
y el drago de las Guayanas
y el malabar de la costa.

Es rubia de pasto jecho
y morena de cacao

y lleva al cuadril el mar
en la tinaja del golfo.

En la cabeza,
sobre el rodillo de nubes
lleva su cántaro azul.

No se vale que la quiera
hoy que le rinde las noches
con un parto rebosado
que se derrama del lecho.

Tiene en cada flor de poro
un alumbramiento.

Compañeros de la tierra,
donde haya sed en el mundo,
vengan hombres con sed,
que la novia de Juan Bimba
tiene un río entre las manos.

Compañeros de la tierra,
donde haya hambre en el mundo,
vengan los hombres con hambre,
que la novia de Juan Bimba
tiene las manos de pan.

Compañeros de la tierra,
al que se le apague el fuego
tome el camino del sol.

Compañeros,
andando se va a la casa
de la novia de los pueblos.

EL CABALLO

El caballo es el llano.
Cuando a Juan le quitaron esos veinte caballos,
le quedaron siete vacas gordas
y se encontró con un caballo flaco.

Un día de vaquería
llegaron diez vaqueros dueños de cien mil reses
y de mil leguas de sabana.
La ley de los ganados
no dejaba a Juan Bimba
entrar en los repartos.

Los vaqueros llegaron:
unos montaban en caballos gordos,
otros, en caballos artificiales
—autos sinuosos de resortes aéreos—.

Las manchas de ganado
se partían en puntas
que tomaban sus rumbos;
todo iba detrás de los grandes vaqueros.

Cuando todo el ganado
y toda la tierra
estuvieron partidos en diez manos

por el medio de la llanura
pasó Juan Bimba
sobre la flecha del caballo flaco;
y al verle ir hacia las matas negras,
salpicadas del mundo de las reses,
echaron a correr, enloquecidas,
tras el caballo flaco, las siete vacas gordas.

COLEGIO

Trescientos niños
en diez pelotones,
trabajan.
Campo a toda luz.

Cada pelotón
tiene una labor, y marcha.

Unos van a los árboles;
otros van a la grieta del talud;
otros, en la gimnasia
rinden su hora de armonía
otros miran al sol por cristales de humo;
otros arman la vida de una dínamo.

Descanso:
los niños vienen hacia nosotros;
el viejo palmorea en las cabezas negras,
en las manos metidas en sus rizos.
Los niños gozan las barbas como un jabón
y el viejo les florece en las manos.

Él mima abejas en su barba
y los niños que aman la tierra
le cosechan frutas de años.

Llamada.

Los niños vuelven a la labor;
el viejo aspira un contagio de ébano
en las hojas blancas que caen
de aquella poda matinal de tiempos.

El viejo está sintiéndose en su viaje de vuelta:
la barba se le invierna, se le otoña, se le está
y se le primavera.

JUEZ

Este juez
que condenó a seis meses de cárcel
a un campesino
había huido de las bibliotecas
y bebía su ley en el agua del campo.

Él iba por la siembra y entraba
en la casa de los ladrones

Él ponía el oído
sobre las grietas de la tierra
y allí escuchaba
la voz y la música de sus sentencias.

Él dormía bajo los árboles
y veía el cansancio resbalar en la siesta.

Todos los días,
durante los seis meses
que estuvo el campesino preso,
este juez iba al huerto del campesino
y regaba las coles, la yuca y los pimientos.

EJÉRCITO

Venía
una guerrilla negra
con un incendio en la mano.

El pueblo
corrió a los arsenales
y apareció en la plaza con los hombros armados.

Todo el pueblo,
hecho policía,
hecho guardia
hecho ejército,
llegó ante la guerrilla
y se dejó mirar.
El fuego
huyó por un desagüe de ceniza.

Volvieron a los arsenales,
llegaron a sus casas
y los niños, montados en sus hombros
borraron el regusto ácido de las armas.

MITIN

Medio millón de hombres
se sacaron de los pechos
sus gritos de múltiple tono,
sus imprecaciones,
sus sarcasmos,
sus quejas,
sus oscuros pedruscos de voz,
y los fueron mezclando
en el sombrero de un hombre.

El hombre
se cubrió la cabeza,
marchó adelante,
subió al estrado
y la lengua
le retoñó en el tallo de una palabra mestiza,
redonda,
prieta,
sustancial,
macerada en medio millón de ritmos
y cuajada en una verdad resplandeciente.

Después, aquella palabra
entró por medio millón de orejas
y a cada pecho regresó su grito
superado en frescura, en amor y en conciencia.

CANCELACIÓN

La mala muchacha que abortó
tendrá que ir a las ferias de Aragua,
tendrá que prenderse flores
a los hermosos cabellos,
tendrá que vestir lindos trajes
y mostrarnos en la ronda el comienzo del pecho.

La mala muchacha que abortó
tendrá que dar el brazo a los mozos corsarios
y prender cintas a los tumbadores
y vaciar la cantiga
y el aturuxo de la abuela gallega
en la oreja del tercio avancino.

La mala muchacha que abortó
tendrá que ir por novio a un joropo de cruz
y perderse con él en los viñedos
y marcharse con él de la aldea
y regresar un día con el vientre colmado
para pagar el hijo que le quitó a la tierra.

PENITENCIARÍA

En el anfiteatro de la cárcel,
quinientos penados
—quinientos sembradores de puñal—

No hay ladrones;
el robo fue hace años
el único delito de esta tierra;
hoy vienen al penal
bravos reclutas del amor,
brazos entorchados de nervios
que en un segundo de neblina
fueron disparados
por el arco tenso de la pasión,
fieles
al remanente de tierra
que les saltó a la mano eruptiva
con florescencia de fuego central,
flechas clavadas
en una ardiente flor de naturaleza,
hermosos delincuentes
con su hora de tigre en el alma frondosa.

Los quinientos penados
escuchan.

El cabo-maestro
lee en voz alta un libro claro y dulce
como una ducha,
una limpia disolución de campos,
de pueblos,
de murmullo civil, templado de paisaje,
una tibia cura de fraternidad,
que enseña
la simple anatomía de la mano
de los hombres sin armas,
un modo de mostrar la fuerza
de la mano mojada de faena,
la fruta de la mano,
ardua de cáscara y muelle de corazón.

Los quinientos penados van al taller.
Dos presos discuten sobre doctrina.

Después del baño, llegan sus mujeres
a recibir su niño de ese año.

Después, van a la calle los penados
a andar entre las gentes,
a ensayarse en multitud,
como niños que aprenden a caminar.

Los domingos
van al campo, al ordeño, a la siembra
y un día encontrarán cómo se puso verde
la buena puñalada que le dieron al surco,

y por la noche, en sus pequeños lechos
entonarán el Himno de las Madres
y su propia canción los dormirá sobre sus pechos.

CARGA

Vienen los barcos negros,
los barcos azules,
los barcos blancos.
Vienen los barcos
hacia el seto de las costas
que están en tiempo de flor.

En el cáliz de las ensenadas
se meten los barcos
y chupan la miel de los terrones.

Vienen los barcos cargadores de café
y chupan en el pezón del muelle.

Vienen los barcos cargadores de petróleo
y chupan en el pico de los oleoductos.

Vienen los barcos cargadores de vida
y el golfo los arrima a las ubres hinchadas.

En la tierra
todo sale por los poros
y corre hacia la playa.

Se van los barcos.
El reposo de la tierra enfermera
cae en la cicatriz de los anclajes.

CALZADA

A la calzada
le van naciendo casas en la orilla
y cada día se la ve menos desde el campo.
Es gris y recia,
es un cinto de piedra que se cimbra sobre los llanos.

Suelda con una recta tres horizontes;
arrastra, como los ríos,
cosas vivas que encallan temblando.

A veces tiene un descanso de caserío,
a veces deja un humo de posada.

Se alza en la depresión del llano
sobre la cicatriz del estero difunto;
se deja llover por los gamelotales;
hace equilibrios en los puentes;
se borra bajo el ganado en marcha.

Se desovilla en la cordillera
y vuela llano abajo
metiéndose por entre los radiadores de los autos.

Salta el Apure,
sigue hacia la selva.

Cuando se tienden los ganados,
cuando nadie pasa por ella,
se va toda a los cielos por el canto de un gallo.

PANTANOS

Con la subida de aguas
se rebalsaban los ríos
sobre los caños,
se rebalsaban los caños
sobre la sabana.

Con la bajada de aguas
se vaciaba la sabana
en los caños
se vaciaban los caños
en los ríos.

Pero, en la llanura
quedaban los tapices
—los pantanos verdes—
malos para la canoa,
malos para el caballo,

El tapiz
—la casa perversa del paludismo—;
el tapiz que se iba lentamente en el sol
y regresaba en la nube;
el tapiz que ponía amarilla a la moza.

Llegaron las dragas

Un día
atravesó la sabana
la campanilla de un becerro puntero
—la voz del agua limpia
del canalillo de irrigación—
y una mañana, los pantanos
echaron a andar hacia los ríos.

El viejo Orinoco se los llevó todos
como un turco vendedor de espejitos.

CIMARRÓN

Los leñadores iban abriendo paso
delante de los obreros del ferrocarril.

Selva adentro, se metían los hombres,
con penetración hipodérmica,
en el músculo de la montaña.

Los leñadores fueron internándose
y en la mitad del bosque descubrieron de pronto
al árbol de diez siglos.

Tembló con frondoso estupor
al ser violado por los ojos de los leñadores
y después quedó inmóvil, montuno, cimarrón,
mirando con reojo de sus flores salvajes.

Las hachas cayeron en él.
El árbol se aferró ferozmente
y las raíces se curvaban como músculos.

Pesó mil veces más sobre su arraigamiento,
defendido con las uñas en los riñones de la tierra.

Cayó, en una catástrofe universal de verdes.

A su caída,
el sol recobró para siempre
una provincia de aire perdida hace mil años.

ECUATORIAL

Por el tubo del gran ecuatorial
entró anoche una palabra de luz
hablada desde Marte.

La luz entró como un chorro de agua
y se vació del caño del antejojo,
bajó, saltando del Himalaya,
inundó el Indostán y el Mar Índico
y Asia y la tierra.

En la casa de todos los hombres
bendijeron el natalicio
del hermano de lengua luminosa.

CONGRESO

El diputado de los mineros
había hablado con una lenta voz zapadora;
el diputado de los tejedores
dijo cosas sutiles con lengua de telar;
un diputado agrario
abogó por las tierras olvidadas
y su oración se hincaba en sustantivos jugosos
con esguace de reja

Y se alzó el diputado
de los Jardines de la Infancia
—un compañero de diez años
con rizos hasta los hombros
y ojos anchos como dos sustos—.

Dijo el derecho de las mariposas,
pidió el desarme de la cometa pirata
y reclamó el sueño de diez horas.

Dijo el derecho de las mariposas,
pidió el desarme de la cometa pirata
y reclamó el sueño de diez horas.

Su voz era una niña que saltaba la cuerda;
daba patadas en el suelo

y terminó pidiendo para los jardines
ancianos con cuentos nuevos.

El compañero se sentó, bostezando,
y su moción se aprobó sin reservas.

Las derechas socialistas
estuvieron dos horas tiroteando el Congreso.

El diputado del mar
salpicaba de sal al diputado del cielo.
El diputado de los Jardines de la Infancia
dormía.

Ya al oscurecer,
un bravo campesino
exclamó:
—¡Compañeros!
¡El diputado de los niños
se ha orinado en su asiento!—

Todos callaron respetuosamente
y una canción de madre atravesó el Congreso.

ESQUILEO

Van a embachar los merinos;
el tazón de la hondonada
se va llenando de leche.

Un viejo lleva en los brazos
su corderilla y su barba.

La barba blanca disuelve
los rizos de la cordera.

Cuelga en la barba del viejo
el cascabel de un balido.

Cantan los esquiladores;
van a embachar los merinos.

El bache se va llenando
con grandes lirios que balan.

La corderilla del viejo
se ha deshojado en el charco.

La cordera sintió frío
y el viejo le dio la barba.

Van a embachar los merinos;
el viejo de la cordera
trae en la barba un balido.

EL EXTRAÑO

El hombre que amaba la soledad,
el que no amaba las plazas
ni las avenidas vivientes,
el hombre que buscó el don de extranjería,
el que llegaba y era
el forastero de todos los muelles
pasó anoche llorando.

Iba hacia el salto de las olas,
espantado,
de no ser extranjero en ningún sitio,
de escucharse su voz en las lenguas de todos,
de ver caer en él las miradas
con llaneza de mano sobre un hombro.

Iba hacia el mar, pero en el mar, el hombre
se vio surcado, traficado,
descubierto de polo a polo
en su alma, ganada de navegaciones.

Volvió a la plaza
y en los brazos de la muchedumbre
se dio por fin con arribo de ola.

MONARCAS

1930: 17

1940: 6

1960: 2

1980: 0

2000: ¿Dios?

LAS PALABRAS DE HARINA

Habló el filósofo;
—¡Oh milagrosa luz! ¡Oh padre
que deshojaste colérico
la rosa del subjetivismo!
¡Oh madurez posible y útil
de la realidad objetiva
eficaz en el gajo de la filosofía!

¡Oh válvula de esperanza
que nos saca al camino firme
de donde se deriva la visual
sobre llanuras sin hipótesis!

—Encauzamiento de lo infinito,
relatividad,
amalgama de los dos abismos
en el estribo de la cuarta dimensión.
Captación del espacio y del tiempo
en la convergencia de la unidad,
¡oh milagrosa luz, oh padre!...

De afuera
llegaba olor de hogaza.
la boca del horno
fue recibiendo los panes blancos

y a fuego, retostándolos,
dorándolos, acendrándolos.

Después, los habló hacia afuera.

Al sentarse a comer el filósofo,
una mujer con delantal de nieve
y con una bandeja de palabras de harina,
sobre la mesa, junto a dos silencios,
puso el tratado de la vida simple.

TOURING - CLUB
Itinerarios

BOGOTA - CARACAS

Raíles.

Un pañuelo
desnatado de todas las nubes.

Ventanillas
pespunteadas de paisajes.

Un frío y un calor
en un rincón de viaje sin viajero.

Sobre los Andes
el tren espanta la nidada de aviones

Criollazas calentanas
resoban el hallazgo del frailejón recordadero.

Voces.

Alemán, inglés, ruso.
Por las cien ventanillas,
el tren va acribillando de idiomas
a la tierra del Día Siguiendo.

Sobre el seno de la viajera oscura
se vacía el atisbo azul del paramero.

Al cruzar la frontera
repica la fractura de un cristal inefable.

Mediodía:
el tren y el sol se cruzan y permutan sus tierras.

CARACAS – RIO

Cordillera hasta San Juan,
—superproducción en 130 rollos
en verde mayor parlante—.

Luego,
Uverito, Ortiz, El Rastro, Calabozo,
—tercera línea del frente sanitario:
granjas, laboratorio,
creche de becerros,
escuela modelo del caballo—.

La vía férrea no tiene curvas;
va recta, como una vocación de frontera.

Apure —segunda línea del frente sanitario—;
dragas, petróleo,
obras de regadío,
seres maniáticos de Sur;
los ríos,
domados,
hondos,
caseros.

Los hombres,
navegables.

Después,
Orinoco a Casiquiare,
a Río Negro,
a Amazonas
y finalmente,
Brasil:
La Olimpiada de la Geografía.

Nota:
Cuando el tren va por tierra brasileira
puede verse al viajero inglés
coleccionista de selvas.

Lleva el álbum repleto de selvas bajo el brazo
y en la nariz, coleccionado, todo el perfume de la tierra.

DE LA COSTA AL LLANO

En la playa
vea el viajero y guárdela
el alba de la mar sobre los ojos
de la hija del hombre del semáforo.
Oiga el viajero el nuevo canto della,
injerto de sirena de lancha en caracol.

Véala al lado de la torre,
con la esperanza de los ojos llena de trasatlánticos.

Véala entrar a nado y zambullirse;
vea el volumen de la mar sobre su cuerpo
y las olas marchándose, rellenas de caderas.

Véala en tierra, secada a sol,
subir a la torre, vuelta de cara al mar,
y cuando ella tienda las manos,
desnuda sobre la atalaya,
verá el viajero al punto brotar del horizonte
las mil flotas del mundo emproando la rada.

En el llano
vea el viajero y guárdela
la aurora del ordeño entre los ojos
de la hija del queseudor.

Oiga el viajero el nuevo canto della,
injerto de llanura en ciudad empollada.

Véala al lado de la vaca,
—una vaca mestiza—
véala con sus ojos de amplitud sabanera,
que la niña parece la hija de la vaca.

Véala hilar la rueca de la ubre,
trenzando hilos de leche.

Véala alzar el cántaro y marchar
y al franquear la tranquera, cuando vuelvan los ojos
para seguir la marcha de las vacas vacías,
cuando le hinche los pechos la nostalgia de hijo,
verá el viajero al punto brotar del horizonte
mil viajeros iguales con el mismo camino.

DEL LAGO A LA SELVA

La carretera que va
del Lago de Maracaibo
a la selva de Guayana
es una banda diagonal
que cruza el pecho de Venezuela.

El caucho corre, exprimido del Sur
y las grandes usinas del Zulia
hacen neumáticos para el auto criollo,
—una máquina de líneas autóctonas
con un motor de ímpetu zapara—.

Por el camino del lago a la selva
corre acaso un comadrazgo de conciencia
entre el pulpo ingénito, padre del Lago
y el tigre original
de cuya costilla brotó la selva.

En el camino, la selva y el lago
guardan un nivel de vasos comunicantes;
cuando baja en el lago el verde de las aguas
sube en la selva el verde de los árboles.

CUEVA DEL GUÁCHARO

Ni Betharan,
ni Puente Viesgo,
ni Capri,
nada es tan bello como la Cueva del Guácharo.

—¿Cómo es?— No, pregunta más bien:
—¿Cómo no es?—
y me será más fácil explicártelo.
Porque es como no fue nada en la tierra
y ayuda a bien morir al ojo del turista.

Yo habría alquilado sus salones,
uno a Hugo, otro al Doctor Mardrus
y a la puerta de otro habría escrito:
“Simbad, Aladino & Compañía. - Taller”.

Y a la entrada de otro:
“Gaudí, Estudio”.

El turista francés
lee a la entrada sorbos de Montecristo
y en inglés fuma tabacos guácharos
—haschis—.

La carretera
campanillea de autos.
El Casino y el Hotel Humboldt
estallan de Caracas, de Nueva York, de Londres.

¿Cómo es la cueva?

La cueva es un molino de molerte los ojos.
—Por un lado los metes de carbón
y por otro los sacas de diamante.

HOSTERÍA

Sale al camino, gritando,
con largos gritos de arriero
y el desayuno en las manos,

Sale al camino, lavada
peinándose enredaderas
y en el cogollo del grito
la flor abierta del llar.

Sale al camino, con jaulas,
la hostería de camino
remecida de campánulas.

Falda blanca, la casita,
y boina colorada;
ventana comiendo azul,
uvas cazadoras de agua.

El viajero trae los ojos
firmados de poblaciones
y rubricados de ríos.

Cuando ella le da la mano
le prende al ojal la flor
de aliños de la cocina.

Mesas de pino encerado
vestidas de blanco y rojo,
sillas sin amigos viejos.

Lleva la flota de mesas,
izado el humo en las sopas.

Se cruzan entre viajeros
hilos de rumbos distintos,
mallas de caminos nuevos.

Surcada de itinerarios
toda la casa se enreda,
la hostería va empatando
su encaje de araña vieja.

En la ventana con tiestos
conversan los dos ancianos
que llegaron para siempre.

La hostería cierra el puño
y junta por un momento
hombres con cincuenta rumbos.

Cuando ella abra la mano
se romperá una colmena.

De la cocina ha llegado
la niña de la hostería.
Se siente en todos los ojos
partirse en dos el camino.

Van saliendo los viajeros,
la niña les da los ojos.
La niña de la hostería
hace un viaje de heliotropo.

DE ORIENTE A LA SIERRA

Salimos de Paria
y el tren jugaba al laberinto
con el ovillo de los caños.

En el río San Juan
dejamos esos grandes y queridos barcos noruegos
que cargan harina de maíz.
—Nadie sabe amar bien al buque escandinavo,
con su honradez de hormiga de mar
y su asco marinero por el *superdreadnought*.

Las costas de Guarapiche,
todo el plano y las lomas de Maturín
quedaron atrás, grifos de torres de petróleo.

Huele a humanidad esta tierra de Maturín,
con su floresta de armazones,
con sus manchas de pueblo
azuleando en las viejas calcetas,
con sus cantos en diez idiomas,
lanzados como confettis,
con su cielo ahumado de labor
y sus vacas redondas que comen en la mano.

Hace tres cuartos de siglo,
yo he visto aquellas tierras arrastrarse hasta un pozo.

Subimos, degollando verdes,
por los desfiladeros de Guanaguana.

Al desembocar en Las Piedras
me saltó a la memoria una copla oxidada:

“Allá en Las Piedras, donde pelearon
los orientales con los andinos
quedó sembrado por siempre el pánico
en los que pasan por el camino”.

Canté la copla con todas mis fuerzas
y un labriego en el surco se alzó para mirarme.
le pregunté: —¿Recuerdas?—

Se me acercó a los ojos
como si me sembrara su respuesta
y contestó: —Yo siembro y no recuerdo nada.

Avanzamos hasta San Francisco,
donde se abre un ramal a La Cuchilla y al Guácharo.

En San Antonio,
el vallecito derramaba la espuma del domingo.

Las chimeneas de los ingenios
desde San Antonio hasta Cumanacoa,
por Cocollar, por Aricagua,
espesaban el aire de una nube sensual

y respirar era como comerse un pecho.

De la alta sombra del Turimiquire
venía el hilo de agua de un hachazo.

De Cumanacoa, las cañas
van agonizando hasta Arenas
y mueren en los bajos de Tataracual.
Allí el suelo hace gárgaras con agua sulfurosa.

Los surtidores de Ipures
cosen con cuatro agujas un blanco y dos azules.

Cumaná está metida entre viñedos,
bajo palmares.

A lo largo del río
dos avenidas se enredan de pregones.
Bardas de treyolies ciñen el acueducto
y sobre la ciudadela de Santa María,
hombres con ropa blanca beben vino de Oriente.

En la Silleta, hacia Barcelona,
la vieja copla me volvió a los labios
envuelta en un papel de gloria vieja;
con el pulmón a toda máquina
grité: —¡Viva Platero! ¡Viva Domingo Monagas!—
y un labriego en el surco se alzó para mirarme.

Le pregunté: —¿Recuerdas?

Se acercó con las manos hinchadas de semillas,
como si quisiera sembrármelas
y contestó: —Yo no recuerdo nada. Siembro.

En Guanta, la bahía de vitrina
tenía una quietud de garage
donde dormían esos grandes vapores
que cargan el carbón.
—Nadie sabe amar bien al vapor carbonero,
con su bondad de bebedor de café—.

De Barcelona hicimos una curva hacia el Sur
por el ramal de Soledad, hasta Cantaura,
(salinetas, sábanas todavía escondidas
bajo el cardonal clareado ya de pastos).

Emproamos Zaraza.

(barrancos, zanjones)
y el Llano.

En Aragua era día de feria
y los cuatro horizontes derramaban vacadas.

Aquí solté otra vez una copla a los aires
y la clavé, puntera, en los rebaños:

“—Virgen Santa, yo te adoro.
—dijo una mujer llorando—
con tal que triunfe Rolando
te doy un Rolando de oro”.

Un vaquero sofrenó el potro.
Le pregunté: —¿Recuerdas?

Se acercó con las manos rebosantes de riendas
como si fuera a galopar entre mis ojos.
Y contestó: —¿Qué dices? Yo crío los ganados.

De Aragua por Onoto
nos incorporamos a la gran línea férrea
que va de Soledad a Occidente,
electrificada por los saltos del Caroní.

Todo el llano movido de rebaños
asumía su dinámica de mar firme
y nos brindaba a sorbos
la totuma de leche de las aldeas nuevas.

Miré hacia Oriente cuando lo dejaba,
miré hacia el viejo caserón
donde hace setenta años no se abría la puerta
y vi que estaba toda desvestida de zarzas
y los viejos balcones se volcaban de saludos.

Derivamos a Altagracia,
fronteros a las montañas del Tuy,
hirvientes de muchedumbres.
Allí roza el jadeo de los ferrocarriles internos.
y de las íntimas talas.

Nos bebemos el desayuno
de las montañas del cacao.

De El Sombrero tomamos el derrotero franco
que hace cruz con vía de Caracas a Río,
y abre en dos el llano alto
hasta Acarigua.

Toda la tierra está en las manos del hombre
toda el agua está en marcha
y el pan duerme en el hueco de los cantos de brega.

El llanero ve pasar el tren
y da sus buenos días con propiedad electoral.

Cruzamos Lara, fabril y campesina
y de pronto, la tierra,
se agolpó, se hizo grupo,
como si aprovechara una sombra de árbol
y subimos.

La Cordillera.
El trigo rebasaba la troje de los valles.

Las altas chimeneas
refinaron la nieve con aroma de sidra.

En los pomares, rojas montañas
se exprimían la risa de sus caras pintonas,
Trujillo, Mérida, San Cristóbal.

Al final de una cuesta
saqué un grito empolvado y lo eché a la hondonada.
Clamé dos veces: —¡Viva Castro!
—¡Vivan los andinos!

Un segador de trigo se alzó para mirarme.
Le pregunté: —¿Recuerdas?

Se acercó con la mano cristalina de hoz
como si me quisiera segar el pensamiento
y contestó: —¿Qué dices, hermano?
Yo no recuerdo nada. Siembro.

Entonces vi a mi frente el viejo caserón,
el que hace setenta años no tenía ventanas.
Lo vi, con cien balcones de par en par abiertos;
un hombre me decía: —Hermano, bienvenido—
y una mujer tendía sus dos manos
y metía en la casa los caminos.

PANNE

Nadie se daba cuenta.
Sólo tú, amiga mía,
sentiste,
después de aquella mañana
en que nuestros ojos incapaces
se hincharon como neumáticos,
de llenarse azul,
frente al amado mar Caribe,
sólo tú, amiga mía,
sentiste
cómo al entrar al túnel,
de regreso a nuestra casa,
una astilla de sombra
nos hirió las pupilas.

Sólo tú oíste, amiga mía,
aquel lamento de neumático
con que los ojos iban vaciándose de azul
y el mar se fue escapando gota a gota.

ATLÁNTICO

Volamos a poca altura
hacia el islote artificial,
—estación flotante, aguada y taller.

Amarramos al costado del islote.
La gran caja hidráulica
ya se humaniza en tiestos de palmeras,
en humo con carne al hombro,
en la piel curtida de las chicas del Jefe.

Ya las islas artificiales
tienen aspiración geográfica.

La chica mayor
ya se dice sus cosas con el mozo del radio.

La otra, con el almacenero de bencina
va a pescar en la playa de aluminio
extraños peces de Océano, de un color innovado
y de una ingenuidad que ignora al pescador.

Ya en el rosario de estaciones
entre el Brasil y Cabo Verde
huele a hombres.

Hasta he visto claveles hinchados
y huevos de gallina.

El canto de un gallo
lleva una cauda de peces voladores.

Sobre la explanada de aluminio,
dos niños patinan.

La vida crece
como un cedro, en medio del Atlántico.

Sentimos las islas
como ex-votos puestos al mar
para que devuelva la Atlántida.

Todo esto es el bosque de la Vida:
sembraron tres semillas de carabela
en el mar.

Sembraron un avión
en el aire.

Y cosechan.

En el islote hay un gato;
un loro.

Se han conocido allí, en el Atlántico
y se aman sin remedio.

No hay como la alta mar
para amarse como un descubrimiento.

La chica menor del Jefe de Estación
se acerca.

Trae en las manos tres polluelos
la cosecha de su gallina.

Me dice:
—Si cayeran al mar,
¿cómo podrían salvarse?
Sin embargo, estudiarán para gaviotas

¿Sabe Ud. cómo se llaman?
La Santa Maria,
La Pinta,
La Niña.

Los ojos de los polluelos
que ven sin miedo al infinito de agua
descubrirán un día los ojos del albatros.

PACÍFICO

El transpacífico aéreo
va a 500 millas por hora.

La noche pasada
saltamos de Colombo.
¡Oh clara noche, oh perla cingalesa
sobre el turbante de Candy!—

La viajera india,
viuda del hijo de Kamaladevi,
el que murió en el mar,
mira a la mar con ojos de un oriente revuelto.

Atrás queda un puñado de granos de tierra
esparcido en el mar.

Estamos ya solos, sobre el agua sin archipiélagos.

Somos una equivalencia
de decimal terrestre sobre el Pacífico.

Nada indica
que en este punto, precisamente,
pueda haber sucedido nada a ninguna hora.

Es un punto cualquiera
bajo un minuto cualquiera,
un sorbo de aire
sobre la ola millonésima del Océano Pacífico.

La hermosa india,
que emigra para siempre,
la viuda del hijo de Kamaladevi,
el que murió en la mar,
deja caer una pequeña lágrima.

Vemos rodar la gota entre filos de noche
y miramos los ojos de la viajera exhaustos.

Ya están secos, ineptos para el lloro.
Aquí acaban de tirar
su última moneda de llanto
en la mano del mar, ciego de su ojo verde.

La mujer,
alza los ojos áridos, paupérrimos, al cielo
y descansa en nosotros, cancelada de lutos,
su mirada inmortal, afluyente del Océano.

COSTAS

¡Costas
de Venezuela en el año 2.000!

Costas sin sueño
felices de cabotaje,
sudorosas de inmigración.

Penínsulas
empenachadas de faros.

Bahía con humo.
Agua de las dársenas,
maduras de tajamares.

Maceta de humo y velas,
la ensenada tibia, como una cocina.

Costa de pie,
con las manos siempre ocupadas de manos.

Larga costa venezolana,
a todo lo largo pintada de puertos.

Costa del año 2.000,
barda floreada con la flor del muelle.

Costa venezolana, cabeza de Sur América,
terminal de todos los caminos del mundo.

Los marinos la buscan con mirada de proa
como si sus bahías hicieran dulce el agua.

Hay tantos barcos
que las olas hacen cola para entrar a los golfos.

ACONCAGUA

El autogiro bajó a la rosa del cráter
y chupó el perfume originario,
el aroma del gneis.

Eternizamos el amor a la tierra
cuando la ubre de granito dio una gota de lava,
y en los labios heridos por la leche indeleble
la aurora hizo estallar al picaflor de plata.

PAISAJE ENTRE ESTACIONES

En el paisaje que cruza entre dos estaciones,
al paso del tren,
no caben las cuatro patas de un caballo.

El más bello rincón del camino
fue un proyectil de verde y plata
que iba clamando por un descanso
y rasguñó la sien del viaje sin posada.

NUEVA YORK—BUENOS AIRES

Express.
Arriba, el avión
—*superexpress*—

A un lado,
Pacífico;
al otro,
Atlántico.

Cruzamos el canal
—Legación de aguas—

Andes,
pueblos.

La línea férrea
es un meridiano enchapado de acero.

Mi hijo me interroga de pronto:
—¿Dónde estamos?
—En América.

Horas después, me pregunta de nuevo.
—En América.

No sé decir más.

¿En qué se conocen las fronteras?

Mi hijo me pregunta por tercera vez
y le he dicho: —En América;
no sé más
y ya nadie quiere saberlo.

Estamos en la tierra de las diez lenguas
corremos por América a 200 millas por hora
y la línea
es una cinta parlante en diez idiomas.

Hemos torcido hacia el Oriente
saltando sobre el Aconcagua,
siguiendo el paralelo de Buenos Aires.
Mi hijo me pregunta: —¿Dónde estamos?

—En América,
la tierra de dos cabezas.
No se sabe más nada porque todo se siente.

El Norte ama al Sur y América es del Mundo.

Estamos en la tierra de los hombres
y hemos roto dos cuerdas de trópico.

Un día el Sur fue al Norte y se miraron.

La resuelta mirada quemó toda la guerra
y empezaron a amarse
a 200 millas por hora.

Aquello es Buenos Aires,
si rompieras la brújula,
sería Nueva York.

Se ama de tal modo en este viaje
que estamos desgastando,
con tanto paso de viajeros,
un paralelo y un meridiano.

VELEROS

Por la bahía de Guanta,
serenísima en la mañana de sol,
cien veleros arriban de vuelta de la pesca.

Vienen llenos de peces que rebasan las bordas.

Bajo las velas de blancura ofuscante
fulgura la Semana Santa de las escamas.

Una nube
baja el tono de sol hasta espejar la onda
se recobra el remanso sacudido de anclas
y mientras la flotilla duerme en el mediodía,
en el espejo de la rada
cien veleros volcados indemnizan al mar.

CIRCUNVALACIÓN

Salimos para el viaje alrededor del mundo.
Nuestro avión dejó atrás el valle de Caracas.
Diez mil metros; hallamos el carril de una órbita.

Emproamos al Este por aquella trocha abandonada.

La tierra, el mar, el fondo,
sumaron una sola entidad de ribera
donde iba picoteando el ojo caedizo.

Cordilleras,
islas,
ciudades,
tierras de arar con cantos de tejedor de tierra
y unas llanuras dignas de aterrizarles ciego.

Un río lleva nubes
y el mar azul nos da un sentido de astro.

El radio, el periódico, el bar
logran por fin un aire residencial que calma.

Una mosca de tierra, que se vino dormida,
se va haciendo a su viaje alrededor del viaje.

Ya tenemos pie aéreo
y creemos en nosotros con seguridad de nube.

Nos asombra pensar cómo estuvimos
tan largo tiempo sin volar.

La tierra va cobrando
un interés interplanetario de buen tono,
y al persuadirnos de la posesión de una órbita,
acogemos la responsabilidad de girar
con cierta convicción municipal de luna.

Nuevas tierras detrás del mar;
islas, continentes,
altas montañas
a las que alborotamos las plumas del copete.

La vida siguió así
hasta que comenzaron a odiarse los viajeros.

Al principio creíamos que era sed de subir
y subimos
hasta ver una noche la pista de los ángeles.

Pero era anhelo de bajar.
Era el alma, señor, el alma
cogida en su desmayo de gravitación.

—¡Abajo! ¡Abajo!—
clamábamos;
y el piloto de ojos negríssimos,
el piloto siniestro nos mostraba la hélice
y sus ojos estaban azules como un viaje.

El Océano Pacífico
pasó como el mirar de una giganta rubia.

Al encontrar la tierra
clamamos otra vez: —¡Abajo! ¡Abajo!
—¡A tierra! ¡A tierra!— El piloto de ojos negros
nos miró. Su mirada
salía de unos ojos divinamente azules
y dijo: —Hemos volado siempre mirando al Este;
así pues, el Oeste no existe...— Y sonreía,
definitivamente logrado de orientación.

Quedamos en silencio, y al buscarle de nuevo,
vimos a proa, azul, inmensamente azul,
el valle de Caracas.

Y el piloto nos dijo: —Hemos llegado—,
pero, al fijar sus ojos en nosotros,
se quedó transparente como el aire,
temblando de mirar en nuestros ojos
aquel azul que tienen los ojos de los viajes.

DOMINGO

El autogiro
se posó en la copa del cedro.

A las ventanas de los nidos
se asomaron polluelos como a cada domingo.

Les dejamos migajas empapadas en leche
y partimos, en medio de gozosa algazara.

En la rama cumbre
un nido descollante hirvió de plumas blancas
como taza de leche.

La hembra fértil nos siguió un buen trecho
por la avenida azul que conduce a su casa
y dijo “¡Adiós!” en el seto de nubes.

Así cumplimos hoy la faena de avión
que consagra al domingo la humanidad del ala.

POLO

El Navegante
de ojos desplegados
deshojó en el escaparate del polo
su velamen.

El Navegante
izó los ojos al llegar la Noche.

Ella traía
en la mano derecha un haz de meridianos
y en la izquierda el cadáver de una aurora boreal.

El Navegante
sintió a la tierra surta
en el hondo ice-berg de su silencio.

En la cristalería
vacilaba un oso de papel.

El ojo luminoso
ancló profundamente en el agua de piedra.

VECINAL

El pelotón de exploradores
descansará bajo aquel mango

Allí se va por sobre hojas
y se resbala sobre frutas.
El pulmón a toda vela
recibe la descarga de sazones.

El asnillo estrenando flecos
va como una piñata, rodeado de chicos.

Sobre el hisopo de galabardera
quedaron retaguardias de garúa.

Adelante,
el techo rojo del Colegio.

Un leñador va de venta.
Hormigean los exploradores,
que van leyendo árboles de lado y lado.

El camino se rompe por tres veces:
—¡Exploradores al centro!—
—¡Leña de carabalí!—
y una voz que trasmína sosiego de yugada.

Los exploradores se tienden
para la siesta.

La última voz se tumba sola sobre los pastos
y el camino se fuga, camino de la escuela.

CAMINEROS

Viajero de carretera,
ama, a lo largo del camino,
las salpicaduras de canto
que al pasar te abren claros en la voz del motor.

Ama la rendija de tonada
que echa a volar el peón caminero.

Él suelta su canción por la carretera
como si echara a andar una gallina blanca.

El canto
huele a carne asada
y a colchas con melaleuca
y a jabón de pintas azules.
El canto,
huele a flor de guayaba en el moño cogido
de las hijas del peón caminero.

Ama esa canción
en la que el caminero te da la casa del camino.

Viajero de aeroplano:
ama el viaje en el canto de la alondra caminera.

VIAJE AL FONDO DEL MAR

Fueron mis compañeros
en el paseo al parque submarino,
mi hijo mayor
—el que llevo conmigo a todas partes—
y una mujer de espantosa belleza,
con ojos que recuerdan a los viejos de ahora
aquellos tarros de agua de telégrafo.

El descensor estaba solo
y así fuimos los únicos pasajeros entonces.

Al descender, nos vimos
entre peces, ya hechos al hombre cotidiano.

En el fondo pudimos comprobar que las rutas
estaban ya aliviadas de escombros y zarzales;
las avenidas, recortadas,
la arena, hospitalaria entre guijarros blancos,
todo franqueable, todo
traficado mil veces por la urbanización.

Macizos de corrales,
anchos parterres tapizados de estrellas,
piedras fundamentales vegetadas de algas.

Sobre pimpollos rígidos, caracoles cantando
y un agua azul que hacía un aire de mañana.

Un pez eléctrico
de electricidad positiva,
avanzó inevitable
hacia los ojos de la compañera
v en los ojos color de agua de telégrafo
hirvió el caldo de cultivo de los electrones.

Nos damos cuenta, extrañamente,
de que el mar es el cielo del valle submarino.

Llegamos al Museo abismal,
donde encontramos áncoras,
tambores, chimeneas,
todo un hilo de quilla
y una proa de vieja carabela española
—pico de las vanguardias atlánticas—

También había una campana sin badajo
—el mar la balanceaba
y ella quedaba muda, como un ahogado—

Y había un esqueleto de náufrago en su jugo.
Estaba boca arriba
y en los pozos de las órbitas
el agua daba un tinte de agua de telégrafo.

Mi compañera estuvo mirándolo, sonriente,
pero oímos de pronto una canción de nido
y vimos que en la copa de un coral milenario
un caracol cantaba la vuelta de un navio.

Más allá, hacia la costa,
un río desemboca en el mar y allí estaba
la pascua de las verjas, la flor de las dos aguas,
la medusa indecisa de voluntad salobre.

Por eso tuve miedo frente a mi compañera
y subimos. El cielo del mar iba hacia el fondo
y caía en mis brazos el cielo de la tierra.

RUMBO

Un viajero poeta llegó al medio de la sabana;
recordó un verso de hace ochenta años, que decía:
“Por los diez mil caminos que tiene el llano”.

El viajero poeta iba a una ciudad vieja
donde se celebraba la feria del carnero.

Quiso orientarse,
pero bajo las patas del caballo
se anudaron diez mil cordeles de caminos
y él no sabía cuál tomar.

Todos eran rociados por la misma mañana,
todos iban metidos en verdes gamelotes,
todos eran la vara tejida de mastranto.

A la orilla de todos
un toro azul dormía.

El viajero sacó una brújula
y la aguja, vaciada de imán
se le hizo una veleta girándole en la mano.

El viajero se inclinó de la silla
en el punto de unión de los caminos

y de súbito vio junto a su pie,
sobre un tallo de oro, la rosa de los vientos.

La tomó y fue arrancando uno a uno sus pétalos
en busca de camino,
y así decía deshojándola,
como los novios a la margarita:
—Norte, Sur, Este, Oeste...

Cuando el último pétalo le quedó entre las manos,
el poeta viajero se fundió en el estribo
y cerrando los ojos, abrió por los mastrantos
otro camino en los diez mil caminos.

CAMPO DE BATALLA

A Alcides Losada

El guerrero durmió después de la victoria.
Aquella había sido la batalla perfecta.

El guerrero firmó su combate en el valle
y durmió para siempre.

Las falanges dejaron el campo
y los sables sangraron una luz de Museo.

Aquella había sido
la batalla del sexto día,
después de la cual duerme el creador de batallas.

En el campo vacío
dejó el hombre dormido una columna de humo,
de un humo blanco, oriundo del Ensueño.

El campo abandonado de su batalla predilecta
fue por un siglo el proscenio de un carnaval de espadas,
puerto de atraque de la carnicería
y a la columna de humo del guerrero
ataron sus matalones ases de abigeato.

Una teoría de batallas deformes
aventó a la columna las cenizas de los grandes guerreros.

El campesino estuvo sembrando todo el día,
en el valle rebotante de sembradores,
rotulado de paralelas verdes.

El campesino firmó su siembra
y está a la mesa en el calor del sábado.

De su casa se eleva una columna de humo,
de un humo blanco, oriundo del Ensueño.

El humo de cocina y el humo de batalla
se encuentran en un beso de dos viejos con barbas.

Un campesino silba; una paloma
almuerza allá en los humos sorbos de carne asada.

ANTÍPODAS

Y esto se pone viejo.
Por eso el niño dijo anoche:
—Bendita sea, ¡oh Dios!
la mañana que no ha venido,
la aurora de carne inexpresable
que duerme en la placenta de la tierra,
en la nebulosa del año tres mil.

Dame el sueño de mil años,
la ceguera
que me devuelva
la virginidad de los ojos
para desvirgarlos ese día,
Señor,
ese día en que taladrada la tierra
por el camino “as”,
por el túnel campeón,
calentada por el fuego central,
con los cabellos chamuscados,
encendida,
amante,
desnuda para siempre,
brote frente a mis ojos y me tienda los brazos
la virgen que cosecha las flores de Borneo.

WEEK - END

Para un jugoso *week-end*
yo indicaría un sábado en los Chorros.
En la mañana, después del tennis,
nos bañaríamos en la tercera cascada
—es un baño que sabe a frutas—.

Saltaremos entre la chorrera
como una fiebre en un termómetro.

Después del baño, escalaremos el Avila
hasta donde veamos bajar los malabares.
Iremos al Casino
para bailar hasta el segundo baño;
almorzaremos bajo los árboles.

Dormirás en hamaca
entre las trepadoras de la pérgola.
A la tarde bailarás de nuevo
o navegarás como una limpia vela
por la verde ensenada del golf
y al estar bien madura la frambuesa
del crepúsculo
la beberemos con pajillas en el pozo.

Por la noche
verás la nueva diablura
que hemos hecho los del Cine-Club:
al lado del gran chorro
hemos puesto la pantalla;
todo a oscuras,
y vemos danzar mujeres
que funden el ecrán con la caída de agua,
que a veces entra en ella
y complementa la danza
hasta integrar la dinámica del agua
en la mujer.

Allí se aprende ritmo histórico
y se comenta el antropomorfismo.

Después, bailaremos de nuevo,
solubles uno en otro, como el agua en el agua.

COSMÓPOLIS

El inmigrante chino
que al llegar a las sabanas del Guárico
reconoció su sol veranero
y su pradera y su arrozal:

el inmigrante ruso
que saludó en el páramo
su Cárpatos y su Ural,
y probó el recuerdo de Vodka de Bobare
en su mesa, en su isba venezolana,

el inmigrante griego
que remojó en mis golfos sus Hélades remotas,
el inmigrante chino
el inmigrante ruso
el inmigrante griego,
todos los inmigrantes
que marcharon de frente a la tarde de América,
degollaron para siempre
la nacionalidad del paisaje.

REGRESO

Viajero
de los viajes modelo 2000,
no busques los caminos de regreso;

te basta ver el rostro del viejo guardavía,
al rezago de sol pescado en las gargantas.

Allí,
verás el mapa en relieve
de los caminos de regreso.

Hondas picas en las mejillas,
trazos con saltaneras, como hechas por las reses,
a lo largo del rostro, mueren junto a los labios.

Caminos de sed hacia la boca.

Caminos de llanto hacia los ojos.

Sobre la sien, una cuesta de pensamientos;
sobre la frente, un descanso de conciencia.

Cauces resecos.

En las pupilas, vagas cicatrices de aljibes.

Al final de toda senda,
un cierre de recuerdo.

Y una sonrisa de Hostería pobre
que no les cobra nada a los viajeros.

FONDEADERO

Ahora, ved el dolor de aquel niño
en el tope de los itinerarios.
Yo lo encontré a mi vuelta de un viaje milagroso
y se asomó a mis ojos, como pescándome destinos.

Cuando se hubo bebido en mí todos los mares,
marchó a mi lado, horriblemente triste.

Es un adolescente.
Tiene rizos frondosos para anidarle brisas.

Tuvo un abuelo descubridor o navegante de aire,
—Lindberg, Costes, Amundsen—.

Se detiene. Pone sus manos sobre mis hombros.

La vela de la voz le bolinea de llanto.
Y grita: —¿Dónde ir? ¿Para dónde volar?
¡Míreme los puños!
(miré dos manos que podían con el mar)

—¡Míreme los ojos!
(vi una mirada que podía con la noche).
—¡Míreme el pecho!
(y miré un cofre de pulmones que podían con la tormenta).

—Además tengo sangre de navegante
y distingo tres verdes en el fondo del mar.

Mi mano juega con un avión a dos mil metros.

Las naves me han tendido sus escalas;
los trenes me han llamado al cruzar los andenes;
metas aureoladas como blancos
invitaron la bala de mi avión.

Y ya Ud. ve, aquí estoy, fondeado para siempre.
De aquí no salí nunca,
de este tope donde comienzan y terminan
todas las trayectorias;
estoy aquí, fondeado, sin un viaje en las manos
y a todos los que llegan les salto a las pupilas
y les chupo en los ojos dos gotas de distancia

No he querido viajar; me he quedado en mi puerto,
pero es porque yo tengo un viaje aquí metido,
mi viaje mío, el mío, mi viaje sin vanguardias,
el que yo he de estrenar, virgen, como una novia.

¿Y qué hacer? ¿Dónde ir? Si ya todo lo hicieron,
si ya todas las flores del récord las cortaron,
si ya todas las selvas sangraron de miradas,
si ya los polos se me deshacen como sorbetes
y he visto al hombre que pescó un resuello
en el filo de aire donde empieza el vacío.

Si ya fueron a lo más lejos,
si ya fueron a lo más alto.

Si el logro me ha enseñado sus colmillos cesantes.
¿Dónde ir? ¿En qué rumbo me esperará mi rumbo?

Yo lo siento, aquí está; tal vez está conmigo;
y aquí, en mi pecho, está enrollada
la cinta del trayecto virgen
y ella me ha viajado todos mis horizontes.

Sin embargo, la noche podría ser; el récord
se me acerca en la noche montaraz y me llama.

Quizá la noche fuera el camino; la noche
se me va poco a poco refugiando en la proa.

¡Quién sabe! Alguna noche apuntaré mi avión
hacia la noche, para siempre,

o tal vez hacia el pozo donde se me ha quedado
en mis noches de hombre que se tragó su viaje...

Yo le dejé en el tope de los itinerarios,
con los ojos cerrados, viajándose, viajándose...

CINE OBRERO

Argumentos

La trituradora de piedras
es la única estación de radio
que sólo habla en vascuence.

La trituradora de piedras
va asimilando peñascos;
los masca
los digiere
y suelta por la boca
un lenguaje de aristas
viejo, como la tierra.

En lo alto del rascacielos
un obrero en sábado
pincha una nube
y la hace llover.
Ríe estrepitosamente.

Cada gota que cae
trae un pez de risa.

La línea férrea, en la noche,
se ha puesto de pie.
En los faros de la máquina
están Sirio y Aldebarán.

Todos saludan desde el tren
a la infinita aldea que llega, iluminada.

El carpintero
hace virutas para su mujer,
que está para ocho meses
y en uno más dará una chica rubia.

El carpintero no sabe qué hará
con la tabla que queda después de las virutas.
Telares.
Se compran cielos con nubes
para hacer trajes de escuela.

Linotipo
Un fonógrafo mudo
que se expresa por señas.

El linotipista ha soltado
sobre el gesto de las galeras
su largo viaje cotidiano.

Todo cae en la bobina
—carretera blanca—
y todo va al revés:
—El viaje se está quieto
y la carretera anda—
Al final,
el camino se parte en mil calles de pueblo.

Al minero de gruta
lo siembran por la mañana
y lo cosechan por la tarde.
Lo exprimen
para sacarle el olor íntimo de la tierra
y dárselo a los niños que siembran en los campos.

Cuando el minero sale a flote,
se echa a los ojos
un buen trago de sol rojo.

—¿Por qué serán los mineros
los más revolucionarios?
—Porque la tierra es una tumba que anda
y ellos se hunden en ella
y suben con la íntima justicia
que la tenían enterrada—
millones de guerreros enterrando la Revolución,
millones de mineros desenterrándola.—
Los mineros se meten, van horadando siglos
sacan un muerto viejo y el muerto viejo anda.—

El minero se siembra
como una semilla,
se riega él mismo de sudor y sale
la Revolución florecida.

La chimenea de la gran fábrica
ha puesto esta tarde
la primera piedra
para una nube monumental.

El sábado, la nube
se meterá por la chimenea
y pasará el domingo ricamente en la fábrica.

El lunes
la harán salir los obreros, espantada.

Huelga.
En los grupos,
los obreros, fumando,
se gastan todo el humo de las chimeneas.

Herrería.
Un niño
se metería en la boca
esos pedazos de hierro al rojo.
¡Son tan frescos!

Por un balcón de la Unión Obrera
se ha caído una voz de orador.
Rebota en el asfalto;

un niño
le recoge,
la amansa,
la acaricia,
se la pone en la lengua
y la salva al oído de una mujer que pasa.

CINE AGRARIO
Argumentos

Ya los hijos del boyero
les cantan a los tractores
aquellos cantos de bueyes.

Ya los hijos del boyero
les ponen nombre a las máquinas
y les gritan: —“Simpatía”,
jala, jala...

Maizales rubios,
trigos amarillos.

De noche, la luz del día
la guardan en los maizales

De día, al cielo estrellado
lo embotellan en los trigos.

Tabaco del Guácharo,
Vuelta Abajo.
Van juntas
las dos nubecillas de tabaco
—blanco y azul—
por la acera del cielo,
escurridas,
miedosas de mojarse

cuando pasan al lado de las nubes de agua.

Vuelta Abajo,

Guácharo:

niña blanca, niña azul,

niñas de tabaco,

que la nube de agua

viene vuelta arriba,

viene vuelta abajo,

que el azul se moja,

que se moja el blanco,

que les llueve y no les llueve,

que se mojan por arriba

que se mojan por debajo.

Vuelta abajo; Guácharo;

los fumadores se duermen

lo azul se llevó lo blanco.

El agua se fue mojada de tabaco.

Cafetal sobre la cumbre;

mesa puesta, la sabana.

Desayuno:

Tazón de café con nube.

Cañaveral.

Orquesta de flautas;

lo dulce de los corridos

se ha congelado en las flautas.

La estrella de la mañana
tiene los picos mellados
de espolear caballos de agua.

Campos arados.
Los surcos paralelos
saben que van a juntarse
en el mantel del almuerzo.

Siega.

Sobre las olas de pajas
la espuma de las canciones.

Escardillas. Juegos de agua.
Y en el mar de los trigales
marineros de esperanza.

Marchan los carros de heno,
caudalosos, como ovejas;
encima,
el mozo toma a la moza.

Todo el campo es almohada;
toda la tarde es el mozo
que toma a la segadora.
El mozo toma a la tarde
y el campo toma a la moza.
Todos los gritos del gozo
los colgaron de la alondra.

Racha.

También el golpe de viento
cogió cosecha esta tarde.

Se llevó las manos llenas
de pájaros de los árboles.

Transfusión. La viñadora
y su novio, se han pasado
la uva de boca a boca.

Nadie sabe de la avispa.
pero el viñador chupaba
el ayayay de las viñas.

Noche.

—Cuatro, maracas—
Los campesinos esperan
la hora de sembrar niños.

Nada se sabe del campo.

Pero,
cayó una estrella allá lejos
y mañana
el trigal tendrá otra espiga.

Se oye a las cosas quererse.
Se piensa
en que el surco y la semilla,
las aves, los campesinos,
las larvas, las combustiones,
todo se va a quedar pronto
en el gozo de los campos,
hasta que toda la tierra,
crujiendo, como una cama,
acabe, poniendo en blanco
los ojos de la mañana

CINE PECUARIO
Argumentos

La vaca va a pasos largos
cuando va buscando el agua.
Se bebe toda una nube
y le queda un *consommé*
de nube blanca en la ubre.

A la hora del ordeño,
las grandes ubres colmadas
llegan con el tiempo puesto.

Viejas vacas criollas,
flacas,
todas fueron disolviéndose
en la gran vaca holandesa.

No quedan más que los ojos
de aquellas vacas en éstas.

De dos becerros, el macho
va delante de la vaca.
Todos van a pasos largos
cuando van buscando el agua.

Las yeguas criollas,
cuando sintieron encima
al semental inglés,

gozaron, como la mecanógrafa
que se casó con el banquero.

Al toro le llegó un soplo
de tigre.

Hay cabildeo.

De todo el llano convergen
los ganados.

Al centro ponen las hembras
y los becerros.

Todo se mueve hacia el olor de tigre,
va el padrote adelante.

Los pararrayos de las astas
persiguen el relámpago de un jaguar.

En el mugido solidario
estalla un panorama de justicia social.

Después,
un silencio de cosa juzgada
y la humanidad del rebaño
rumia el hondo sentido de su marcha.

No hay quien no haya visto pasar
a “Cola Blanca”
—desde hace 200 años
el caballo familiar de las leyendas llaneras—

Cruza los bancos por la noche.

Nadie lo enlazó nunca.
Despoja a los padrotes de sus yeguas;
entra a un corral,
rompe las tranqueras
y se lleva los rebaños mansos.

“Cola Blanca”
es la Revolución en nombre de la llanura.

Hay quien lo ha visto
mascando la avena de las neblinas
o desgranando el maíz de la mañana.

Lo que puede jurarse
es que no irá a las norias
ni a los hipódromos.

Pero juró la niña de la casa
que “Cola Blanca” comía en su mano
—una mano en que cabe un grano de cebada—.

Por la hebra de cabello
de la canción de la moza
va la sabana al ordeño.

Están los ganados gordos.
En el agua de las yerbas
ha encallado un viejo toro.

Llega un caballo al estanque.
Agua, nube, palma, estrella
van a pasear a caballo.

Ya está bien cerca la noche,
ya el cocuyo está allá arriba
encendiendo las estrellas.

La mañanita lechera
se fue hoy a los tejados
a ordeñar las chimeneas

El llanero
sacude el haz de la sogá
y lo retoña de pronto
sobre el seto de las astas.

El Toro
siente cerrársele el lazo
del horizonte.

Sobre la sogá en tensión
todo el llano ganadero
hace equilibrios y canta.

El toro riega a la tierra
que goza, como una vaca.

CINE MARÍTIMO Y FLUVIAL
Argumentos

No sabe el río lo bueno,
lo bueno del agua dulce.

El río que se camina
no se conoce hasta el mar.

Para el hombre sin mirada
que está mirando en la proa,
la proa
es un barranco que anda.

El submarino baja.
El cielo
echa paladas de ola
sobre su tumba
y escribe arriba
un largo nombre de espuma.

Va a subir el submarino.

Por el alto periscopio
se abre una vía de cielo.

Por el alto periscopio
se abre una vía de cielo.

Y la nave de los fondos
va naufragando hacia arriba.

Un naufragio.
Los náufragos calzaron sus salvavidas
armados de acumuladores
y emprendieron, cantando, el patinaje.
La náufraga romántica no puede con la pena
de haber pisado al pez de escamas color de aire.

El pico de la gaviota
surte de peces de lujo
el *aquarium* de la nube.

Y con sus nuevos hidroaviones
han inventado las nubes
gaviotas para tiburones.

La tristeza de este río
es lo sabio que se pone
de caminar a sí mismo.

El marinero de río
tiene el ojo más poblado.
El marinero de mar
no tiene costa en los ojos.
La inmensa motonave
trasplanta hombres para injertos de tierra.
Mientras llega,
ensaya en ella especies oceánicas.
Una del mar glacial y una de mar caribe
suman ya el altamar de las miradas.

Cada vez que se mira les asoma
un hijo azul que casi desembarca.

La canción del mar es honda.

En las canciones fluviales
hay vados.

Llegan cien submarinos.

Los delfines
se piden el santo y seña para reconocerse.

Llegan dos chalupas de viento
a dos millas de la costa.
Cargan ladridos de perros.

Vara de turco, la quilla,
va vendiendo varas de agua.

En los zancos de los mástiles,
por entre piedras azules
va el cartel de las estrellas.
Hay un rencor de partidos,
que trajo la confusión
de vanguardia y retaguardia
en ese modo de ir atrás la hélice
y adelante, el ancla.

El *ferry boat* cruza el río
con su tren al hombro.

Los engranajes del ferrocarril
castañetean de miedo.
A todo el tren le dan ganas
de alargar un vagón
y agarrarse a un muelle.

El *ferry boat* cruza el río
con su tren al hombro
y su conciencia de bañero.

El barco de cabotaje
tiene una sobra de mar
en el río de su viaje.

Hay hombres de viaje largo.
Se les conoce en el modo
de no ver, al dar la mano.

El mar del año 2.000
aún tiene barcos de vela
y redes y pescadores
y un pez que nunca se pesca.

ORINOCO

La prueba
oh mi fuerte Orinoco, te filtró toda el agua.
Tú mismo,
desordenado,
pródigo,
invasor,
subversivo,
venezolano,
tú mismo
llevaste las dragas que te roen el fondo,
como tu propio pico de pelícano.

Te profundizaste,
escupiste el freno de las barras,
te recogiste en tu designio definitivo.

Un día
te echaste al hombro de tus caimanes
y abandonaste lentamente las sabanas.

Tú mismo
te empinaste hacia abajo,
esotérico,
con un hondo respeto de la tierra
y diste a tus mil brazos
aptitud atlética
para recibir la crianza del trasatlántico,

para prenderte a las orillas
grandes ciudades que te caen
como tributarios de vida,
para ser el zaguán del mar,
traficado por los gritos de la tierra
que se echa a las calles del mundo.

Denso, populoso,
te caen y se te ahogan
duras palabras engranadas
en todos los idiomas del planeta.
Pero, todavía,
fuerte Orinoco,
todavía eres el Río Indio,
inconfundible,
en el salto,
en la bandada,
en la garza en un pie, que casi vuela
y en tu último caimán
en cuyo bostezo
se refugió toda su tradición
con silenciosa desembocadura.

¡Oh mi fuerte Orinoco,
vieja calle bolivariana,
por donde pasó sin rumor
el hombre que te empujó con el remo que lo empujaba!

¡Oh mi fuerte Orinoco, erizado de flotas!

La prueba
que te filtró las aguas y del lado de ayer
dejó el residuo de sangre y de fiebre
con eficacia final de abono
la prueba
que te llevó a tu máxima estatura interior,
Orinoco,
gran Río Útil,
primer ciudadano de Venezuela,
tu prueba
nos pasó por tu mismo filtro.

Yo mismo
me vi colar por entre mi conciencia
y me sentí dragado
hasta la raíz de mi carne verdadera.

Aquí estoy, mi río sereno,
como lago que anda,
mi viejo río de las siete estrellas,
aquí estoy.

Mi poema de hace 70 años,
mi viejo poema,
frondoso como tus selvas,
desbordado como tú,
fue talado en la prueba,
filtrado,
dragado,
y regresa a ti
en la pureza de una palabra
que cabe en una mano con holgura de sorbo
y que te cae con el sentido caudaloso

de una gota tributaria
voz de la lengua que trabaja, canta,
el salado sudor de los trabajadores,
¡ya desde los raudales, te hace marina el agua!

LA CASA DE WALTER SHONFELD

Al principio
andaba.

Era un cajón sobre ruedas.

Aparecía en las costas del río
como garza desorbitada.

De las vueltas del Meta
saltaba a los cañones de Apure
con las puertas abiertas de hombre y de aventura.

Hace años
se domicilió por fin
y sus ruedas se hundieron en las riberas del Cuyuní.

Ya se ha hecho sociable. Es un gran *bungalow*.
De sus ventanas pueden saludarse otras casas.

Tiene ventanas verdes, voladizos, de yedra,
jardincillo, cortinas, sillas de junco blanco.

Rezuma aires de radio.

Ya está exonerada de la tela metálica.

Hay palomares.

Del vestíbulo
cuelgan taparas ahorcadas y jaulas con moriches.

Del jardín se va al río por una gradería;
a un lado tiene la senda de las queseras
y al otro la de los establos.

Detrás, hortaliza.

Para dar con ella
se sigue un hilo de ternera asada.
Se entra sin llamar.

A la salida
se lleva entre los labios
una contraseña de café llanero.

RETRATO DE WALTER SHONFELD

Con peto de cuero y altas botas,
con larga espada y banda oscura
lo habrían pintado Franz Hals
o Pantoja.

Giorgio di Chirico
lo habría expresado
en una recia manta
y un duro fieltro de internada.

Hace seis siglos
habría sido segundón de raza,
de esos que venían a la conquista
o ciudadano
del gremio de tejedores ganteses
para el libro de apuntes de los Van Eyck,
teniendo al lado a su mujer encinta.

Es alemán.
Emigró a Venezuela
y un día las arenas del Cuyuní
vieron su pelo de oro entre las matas.

Es alto,
cuadrado,

alegre,
incansable.

Se hizo llanero;
monta a caballo
“como si lo hubiera parido una yegua”.

Siembra y ordeña.

Buen diente,
buena copa.

Tiene su esposa, una criolla del llano,
diez hijos
y una hija: Juana Schonfeld.

Tumba un toro de un puñetazo
y se deja vendar en las piñatas.

Bebe por América
bebe por Alemania
y bebe por beber.

Ama a la tierra
como si lo hubieran sembrado.

No cree en el Diablo ni en el Odín,
pero en sus ojos azules
hay seis puntos de cobre.

Tiene en su mesa
un busto de Liebknecht
y un caballito de Copenhague.

Ha hecho él solo un barco que cruza el Orinoco
y los domingos
echa barquitos de papel al Cuyuní.

Está amasando una raza
con fuerza, alegría y bondad.

Se llama a sí mismo el tío de América
y llama hermano al Indio, padre del nuevo pueblo.

Siembra maíz
y cree que son tres los enemigos del alma:
ardita, conoto y mono.

En el campo hace niños a los hombres.
En su casa hace hombres a los niños.

Da la mano, como si diera una sabana
para que echemos a andar por ella.

Siempre le está pidiendo a su mujer un hijo
y después que lo tiene se lo entrega a los otros,

Se llama Walter Shonfeld
y llama Patria al Sol, que lo ilumina todo.

GRANJA

Todo,
casas, establos,
cuadros de heno amarillo,
cobijas de alfalfa tierna,
maizales,
carros, caminos, tractores,
vacas, becerros, esquilas,
cerdillos de caramelo,
cuchillas en los terrones,
molino, chorro de luna,
nubarrones de ovejuelas,
relámpagos de escardilla,
segadora,
todo, veleta,
puentecillo,
grandes caballos de miel,
trilla con manos eléctricas,
dínamos, canciones,
pantalones estrellados
de estiércol,
trojes,
colmenar,
jaulas,
el granero,

la hija tonta que calcula
la velocidad del recuerdo.

Los cántaros con la leche,
la molienda,
el concilio de los pavos
anchos de gaitas sin voz,
el gallo, los ventanales,
el oro del viejo loro
con su cuerda de Victrola,
los chiqueros, el puñado
de aire con olor de goce
que acribilla la faena,
ese espesor en la racha
que cubre un coito de tierra,
la nube de caldos gordos,
el aletazo de pebre,

todo
cabe en ese momento
de sensualidad poderosa,
de hondo acabamiento sexual
en que la mujer va al pozo a coger agua
y al inclinarse toda para pescarse el rostro
siente a su espalda el abrazo del hombre.

Todo cabe en los ojos que se levantan blancos
y allí la granja tiembla
como un navio en un mar encrespado.
Todo relincha en los ojos
con desnudez de caballo.

CANTO DE JUANA SHONFELD

Juana Shonfeld ha cantado
el canto batelero del lanchón del Cuyuní,
el que sale con humo de las dragas azules
al pasar los vapores irisados de razas.

A la puerta del *bungalow* ribereño
Juana Shonfeld, hija de Walter Shonfeld,
que empieza: “Cuando las garzas vienen”...

Al frente, al otro lado del gran río
el tren remonta el vaho de las selvas logradas.

Juana Shonfeld, hija de Walter Shonfeld,
habida en una criolla como agua en una múcura
tiene cabellos negros y ojos azules
y a la subida de aguas ya no dormirá sola.

Volverán las garzas,
se irán las lluvias,
bajarán los ríos,
y una mañana igual, con menos selva,
con el cántaro de un niño al hombro,
Juana Shonfeld cantará otra vez
el canto del Cuyuní: “Cuando las garzas vienen”...

Y una tarde
con toda la cabeza blanca como una garza,
Juana Shonfeld oirá el canto batelero
y verá entrar a su hija
con los cabellos negros y los ojos azules
y con la boca untada de un resto de canción:

“Cuando las garzas vienen” ..

CUMPLEAÑOS

Para el cumpleaños de Walter Shonfeld
hay cena en la casa del inmigrante.
La mesa está bajo el parral,
larga, como una ribera.

Allí están los ferroviarios,
los hombres de la sarrapia,
los vaqueros,
los chupadores de caucho,
los traficantes del río,
los pescadores de oro.

En el centro, el costillar de ternera,
en las esquinas, las varas de entreverado.

Un gran mozo trae la *choucroute*;
pero también hay guasacaca.

Hay *Kuchen* y cachapas,
se bebe cerveza
vino
y guarapo.

Ya las lenguas tienen
sabor políglota.

El dueño, Walter Shonfeld,
su mujer, sus hijos
y su hija, Juana Shonfeld,
han pedido silencio.

Walter está de pie, con lento balanceo.

—¡Oh, Mi Pomerania!
¡Mi dulce llanada hacia Brandeburgo!
Yo abrevaba las vacas y los toros
de Shonfeld, mi padre,
a la orilla del Oder, que viene de Moravia;
yo lustraba las terneras
que iban a Stettin las mañanas de feria
y el sol cegaba en mis botones de oro;
yo traía de Bergen,
sobre el agua helada del Báltico,
la vela de una barca llena de viento frío.
Mis hermanas tejían con flores
mi birrete de pana y mi chaqueta azul.

Pero, una vez,
un grito de no sé donde,
me echó al Báltico estival
y me sacó al corazón de los grandes mares,
hasta la tierra que me tendía su mano de península,
para no volver más,
para amar con amor de raíz
esta casa.

Sobre mi sudor hecho huerto,
hecho llano,

hecho casa,
hecho mujer,
hecho hijo,
sobre mi sudor hecho hueso
bajo la carne de esta tierra,
te amo otra vez,
¡Oh, mi Pomerania!—

Volvió los ojos a su hija,
a Juana Shonfeld.
Ella,
e miraba hondamente, con un vago regreso.
Alzó la voz y dijo:
—Agua del mar, que te confundes siempre,
agua del mar, sin seña de fronteras,
agua del mar, ¡oh Patria de las Patrias!...

DE ALEMANIA HA VENIDO

A Carlos Alberto Herrera

De Alemania ha venido
la prima de Juana Shonfeld,
profesora en vacaciones
y vino a conocer a los primos de América.
De Alemania ha venido,
pero no volverá

Todo el campo en domingo era para la prima.

Grandes vacas de chocolate,
garzas de fresa,
lanchas recién pintadas en el Cuyuní nuevo,
el rebaño de *poneys*
y el cocodrilo vago en el crepúsculo,
las yerbas ribeteadas de horizontes.

Todo el huerto era para la prima;
los racimos de uva en bolsas blancas,
el mango doblado de cosecha
y la col y el agua de los melones
toda la casa era para la prima.
De Alemania ha venido,
pero no volverá.

La prima estuvo un rato
con sus ojos azules en los ojos azules
de Juana Shonfeld;
pero, después, se vio como llovida
por cien miradas de ojos de cereza madura
y el calor de los llanos le hizo aflojar las ropas.
De Alemania ha venido,
pero no volverá.

De la sabana, a la hora de la vuelta,
avanzó el gran caballo negro
con el alto jinete
que doblaba los toros en un vuelco de mano
el llanero de mechón negro sobre los ojos
y ancha canción de bueyes colgada en la sonrisa.

La prima le veía avanzar hacia ella
oyó que le decía que los llanos hablaban.

Ella estaba mirando los ojos del jinete
que venían cansados de enrollar horizontes.

De Alemania ha venido,
pero no volverá.

Cuando acabó la fiesta, todo estaba dormido.

La prima
se asomaba a la inmensa noche de la sabana;
los párpados
se le devolvían de los párpados.

La prima de Alemania
comprendió de repente que los llanos hablaban
en el jinete alto que la llamaba a sorbos,
con esa voz de vértigo que tienen los barrancos.

De Alemania ha venido,
pero no volverá.

DOS NIÑOS Y UNA ESTRELLA

Son hermanos,
nietos de Walter Shonfeld.

Pero uno es rubio y tiene ojos azules
y el otro es retostado, de ojos y rizados negros.

Han subido a la copa del mango
y han vuelto con un racimo rojo.

Empieza la mañana
y están contentos.

Se abrazan:
los rizados de oro
caen sobre los bucles negros,
con amplitud de amanecida.

El agua de los ojos clarísimos
se mete en el aljibe de los ojos nocturnos.

El negro y el azul, revueltos
se vuelven hacia la copa del árbol
y reciben la gota de una estrella indivisa.

Yo los miro, pensando en los años remotos
en que América hablaba y el hijo no creía.

MUSEO

ARQUITECTURA

Fueron cuatro varas de acero,
cuatro rayas relucientes,
clavadas en la cumbre
del granito fundamental.

Cuatro postes paralelos,
elásticos,
fueron el espinazo
de las cuatro columnas de hormigón,
cuyos topes no podíamos divisar,
más allá de las nubes y los cielos.

Alrededor de ese núcleo
creció la carnación de la torre.

Un pensamiento arbóreo
reptó allí en una yedra original.

Se abrieron los poros de veinte mil ventanas.

Una humanidad superpuesta
estaba allí
como una caravana vertical.

De arriba se veía
la mitad de la tierra y la mitad del mar.

Los radiotelefonistas
se escuchaban su propia voz,
regresa a su labio dando la vuelta al mundo.

Garfios para amarrar pequeños potros de aire,
el faro de señales planetarias,
el condensador de nubes...

Cuando se estaba al final de la torre,
con las ventanas llenas de rostros,
la torre empezó a vibrar
de voces,
todas impenetrables,
conflictivas.

Los idiomas
se tropezaban en los rincones
como callejones sin salida.

Babel.
Nadie entendía a nadie
y toda la torre se dobló hacia la tierra.

Pero dos callaron de pronto
y todos les imitaron.

Los ojos tejieron un velo de miradas
mojadas de amor y de buena voluntad.

La torre
se enderezó de nuevo.

Sin una voz, con el alma en los ojos,
los hombres se cruzaban, comprensivos.

En la primera Babel
nadie amaba.

Si dos siquiera hubieran amado,
habrían quedado silenciosos
y todo hubiera ido más allá de los cielos.

PINTURA

Él,
el pintor,
fue hecho
en una íntima decantación de amor;

fue el derivado genial de la tierra
que lo dio, como resumen
de toda una cosecha;
fue una resultante de elaboración
de la naturaleza
número final
de una larga ecuación de barro
sembrado de amor.

Su ojo
acudió, complementario, al paisaje,
perpetuando lo bello
y supliendo a lo árido
un suministro de belleza
en su calidad de colaborador del universo.
como engranaje de piedad
al servicio del panorama.

Él,
autorretrato del ambiente,
eroga en cada lienzo

un trozo de belleza que coincide
con las necesidades del motivo.

Su misión
es imponer, más allá del realismo,
la verdad que debe venir,
su oficio es alcanzar
la aspiración de los paisajes sin fortuna.

Por eso,
su creación final,
su obra maestra,
fue esta magnánima evocación nocturna
de un planeta sin sol,
sin estrellas,
sin luna,
de un planeta tenebroso
que Él,
gerente de la misericordia del Arte,
baña con una luz esplendorosa.

MÚSICA

El compositor comenta
el aire cristalino de la alcoba con niño,
con manos de molinero,
en el polvo de los cantos de cuna
va concretando la hebra trivial
hasta un caliente espesor de vagido.

Primero, amasa
el poderoso ritmo central
de una metáfora de maternidad,
en la nota grave y redonda
que gotea de sí un pianísimo dulce
como un hijo.

Todo lo envuelve
en la orquestación total de la tierra
en la queja de toda la naturaleza
que hace fuerzas en el logro del parto.

Sobre el núcleo del niño que nace
—escena central del poema,
centro sinfónico—
en torno al átomo musical
que revuela en el pubis florecido de vida,
gira toda la entonación

del poema universal
que ayuda a bien parir.

Pausa.

El globo del poema
se vacía por una fuga de infancia,
con gritos frescos, como recién cortados,
suspendidos a trechos
por un sostenido
de lento énfasis maternal,
un trémolo
de larga vibración arborescente.

El poema
fallece en el cuidado de un resuelto dormido.

La nota final llega, verticalmente
como un dedo en la boca: Duerme el niño.

DANZA

Sobre los pastos tiernos,
frente a la multitud,
la danzarina avanzó, metida bajo el cielo.
Apareció como izada de los maíces.

Vestía largas bandas
de un traje rígido con ocre y amarillos;
sólo el rostro y los ojos descubiertos;
los cabellos, bajo repliegues de la veste;
las manos juntas, arriba.

Era el mes de empezar a abrirse los botones.

La danzarina
ondeó levemente, con amago de brisa,
abrió las manos, hizo cuenco
y se fue echando sol por la cabeza.

Temblaba,
se henchía,
maduraba.

Poco a poco
granearon los dientes en la boca;
las bandas rígidas se abrían;
la cabeza fue soltando
unas barbas rojizas
y al fin,
por las ropas abiertas reventaron los pechos.

Entonces,
se dobló con vuelta de mazorca
y quedó como un pan en la boca del campo.

ESCULTURA

Se tomó en sus manos,
se sintió palpar,
se oyó reír,
se meció en su propia contemplación
y volvió los ojos a su estatua.

Entonces, pensó
que aquel hombre de mármol,
aquello, era un muerto.

Se sintió ínfimo
pobrísimamente escultor,
al compararse con la Muerte,
que hace cadáveres perfectos.

Entonces regresó a la tierra
e hizo su nueva estatua:
Es un peñasco
con una sospecha de mujer en las formas;
en el centro,
una grieta se abre
como una honda voz pidiendo semilla.

Los labios del surco
tienen lustre de excrecencia
que urge la función del sembrador.

No bastaba.

Él quería otra cosa,
algo fuera del barro,
acción,
voz,
movimiento.

Hizo hombres de alabastro
y mujeres de jaspe.
Los rompió.
Tomó una mujer,
se sembró en ella,
hizo un niño.
La estatua echó a andar.

De espaldas a los bloques de mármol.
la gran cabeza del padre balanceaba,
triste, para toda la vida.

Pero, de súbito,
vio la obra. Y allí está.

Es un rostro de labios apretados;
es un rostro dormido
que tiene la más bella palabra,
una palabra nueva,
una palabra ingénita y definitiva
encerrada en la piedra de la boca.

Y allí está el escultor, inconforme, que dice:
—El escultor es un Dios que no sopla...

PALABRAS DEL POETA EN LA TARDE

La tarde.

Las alamedas vierten sobre la inmensa plaza
una muchedumbre armada de silencios.

La tarde azul, maravillosa.

Dos millones de ojos
alzados, con largo fervor.

La multitud,
armada de armonía.

Cabezas de obreros,
de estudiantes,
de sabios,
de mujeres,
persignados de atención.

Miradas ardientes
con luz de hoces en descanso.

En la tarde definitivamente azul,
una gran esperanza de palabra.

El Poeta del año 2.000
sube al estrado,

en el centro de la plaza.
Sobre él
diluvian dos millones de gotas de ojos.

El poeta habla,
dice su canto nuevo,
el poema del año dos mil y uno.

Mientras los hombres oyen,
el mar, la tierra, el cielo, Dios y el Todo
se van llenando de Hombre.

POEMAS DEL TIEMPO DE LA QUINTA
ESPOSA

RAZA

En esta tierra
donde los hombres combatieron tanto,
donde los caminos se morían
de hambre de viajeros,
donde se odió hasta agotarse el odio,
en esta tierra,
se hizo la raza
la nueva raza matriz
con una fórmula aritmética:

Sobre la cifra indo-latina original
llovieron cifras de razas convergentes.

Los hombres que descansaban sobre las armas
se alzaron lentamente, desarmados
y armaron a los hijos de los vencidos.

Se amaron. El hijo del de abajo
amó a la hija del de arriba.

Se multiplicaron los numeradores
por los denominadores de los demás.

Y tras el denominador común,
nació el número entero de la raza
que habla con una voz y ama con un deseo.

HORA

El día en que América
mostró por fin en su mano cuajada
la conciencia absoluta;
cuando el Norte de América
vio el ancho torso del indio incorporado
y oyó su gran palabra castellana
caer como una piedra de la boca sin miedo,
dio tres pasos atrás
y la paz se tendió a lo largo del mundo.

Porque América indo-española
tenía ya la arista del equilibrio.

El Sol celebró ese día
sofrenándose,
encendió una gardenia inextinguible
sobre el agudo pensamiento de piedra
de Teotihuacán
y firmó un nuevo equinoccio
en el gran calendario azteca.

Después
siguió hilando sus ocho órbitas.

EL HIMNO DE LAS MADRES

Hija mía,
mi fuerte hija,
has de amar con todo tu amor
la leyenda árabe que nos contó Panait:

Una mujer encinta
cogió un grano de uva
de un racimo del Pachá.

El Señor, enfurecido,
hizo abrir el vientre de la mujer
y vieron
que el grano de uva se hallaba
en la boca del niño que llevaba en su vientre.

Por eso, los pachás
aconsejan a los hombres
satisfacer los deseos de las mujeres.

Te pido amor para esa leyenda
—pero cuando estés encinta
no te tragues pelotas ni soldados de plomo
para que juegue el chico—.

Ámate, adórate, en madre
venérate en tierra sembrada,
come la uva y bebe la leche
y a cada hijo nuevo
haz que tus hijos canten el alumbramiento
como si hubieras dado a luz un nuevo día,
como si hubieras parido un nuevo año,
como si llevaras adentro el almácigo de un pueblo.

Hijo mío,
mi fuerte hijo,
yo te pido todo tu amor
para la vieja leyenda de Nerránsula
y a cada nuevo parto de tu esposa
cantarás con tus hijos el Himno de las Madres.

Año nuevo,
hombre nuevo,
patria nueva; la tierra, en la provincia
del vientre,
Nueva la mano codiciosa
de una sola codicia
—el asta empavesada de mil banderas—
nuevo el pie, prosperado ayer
en el recio pimpollo
de los grillos que arrastraron los padres.
Nueva luz del año que riega
el jardín renovado del designio;

nueva la fuente del alma
que va a correr este año sobre el terrón con fiebre;

nueva la voz, en el oxígeno
de los gritos como clarines estrenados.

Medio corazón encalado de nuevo,
pero ha de quedar medio corazón inmutable
y en él, lo único viejo sin edad:
Las Madres.

LABOR

Fuimos con nuestros hijos ayer domingo al campo
y ya de vuelta, hicimos un rodeo
para ver la primera fiesta
del puertecillo nuevo que inauguró sus boyas.

La bahía estrenaba siete verdes
cien marinos azules, faro y escampavías.

Los ciudadanos
nos miraban de reojo
como si temieran
que mi esposa o mis hijos
les fueran a romper su piscina de vidrio
o a pescar sus peces de colores.

Ya anocheecía cuando regresamos.
Por la vereda oscura, veníamos
en el paso gimnástico que trae el hambre buena;
los cantos de ensenada
llegaban contra el viento espesativo.

Al llegar frente al espigón,
donde se hace el camino más oscuro,
nos llegó de los árboles una voz recortada.

Nos detuvimos, porque era
un buche de palabra que se quejaba un poco,
un trago de zozobra, un pedazo de angustia
que ensayaba unos ayes envueltos en querencia.

Un resuello de asfixia
remató en una alarma de silencio,
y mi mujer y yo pensamos:
—Están matando a un hombre.

Pero cuando iba ya a meterme en los árboles,
mi hijo mayor —dos ojos con anchura de rada—
salió al camino y dijo gravemente:
—Están haciendo un hombre—
Y seguimos la marcha con un largo saludo.

CENSO

A Ricardo Montilla

En este día del censo
me he pasado las horas cerca de mi mujer.
Le he contado mis viajes de hace ochenta años.

Mis viajes eran largas llanuras
con casas separadas por diez leguas
y hombres con paludismo rodeados de distancias.

Mis viajes eran pausas inmensas,
donde un diálogo era un lindero
entre silenciosos anchos como países.

Esta tierra estaba en blanco,
con lunares de pueblos perdidos en la carne.

Le contaba
que un hijo era una puja de un año en la llanura.
Mi mujer se acercó. Su cabeza y la mía
quedaron juntas. Aquel espacio
que nuestras dos cabezas llenaron, fue un monumento
el lugar de más densa población de la tierra.

Me dijo: —Ahora,
por la puerta del Censo irán treinta millones
hacia los cuatrocientos millones de compañeros de América.

Se ha trabajado bien. Ya no hay un sitio
donde una voz de niño no esté despierta siempre,
en la tierra en que nunca descansará el silencio—

Yo besé a mi mujer
en las manos que tienen la conciencia del suelo.

Me junté a sus caderas
cansadas de su largo salvamento.

Y a la zaga del día
en que ellas entregaron el trabajo rendido,
yo me acerqué temblando a sus labios ilustres
de decir tantas veces: “¡Hijo mío!” a mis hijos.

GARCERO

En la costa de Apure
duermen las garzas
en tres bandas sucesivas:
una azul,
otra, roja,
otra, blanca.

Los pasajeros del barco
vamos a jugar a color.

Se cruzan apuestas;
después,
nos acercamos silenciosos.

Súbitamente,
la sirena del barco clava un grito en las nubes.

El garcero estalla.
Las tres bandas se confunden,
el globo del cielo gira
y mezcla un carnaval impresionista.

Jugamos a color.

Las bandadas se van rehaciendo allá arriba:
una azul, una blanca, una roja,
—tres dosis para hacer un buen ocaso—

Callamos
y nos pesa en los hombros un *handicap* de vuelo

Por fin
en un gran árbol se paró una garza.

Es blanca, puntera de su bando.
—¡Ganan las blancas!...

El *referee* del sueño que volvía
le levantó las alas.

GUACHAMARÓN DEL 30

¿Quién fue a decirte “viejo trasto”,
mi viejo criollo sanjuanero?
¿Quién fue a decirte “viejo criollo”,
como si te dijeran ladrón?

¿Qué hiciste de tu coraje,
indio terciado de godo,
español entre fuerte y dulce,
cacique aguarapado
qué te pasó, para quebrar así
tu viejo grito esquinero?

Que vengan a decirme trasto inútil
a mí, que estoy ahorita en mi cuarto de hora caril

Vamos a tomar algo
que caliente una chinga tu vieja cara malojera.

Al que te dijo inútil, vamos a decirle
que estos terrenales los hiciste tú
a lomo limpio, a puro riñón.

Eras amigo de los amigos
y te halló el inmigrante en guardia, pero abierto,
hospedador,
con un rancho y tu criolliza faramallera.

Cuando llegaron los catires,
te echaste a madamear como la gente nueva.

Fuiste con los muchachos de la Universidad
cuando se entregaron al verdugo
y pusieron a febrero con abril en la historia;
fuiste a la carretera
y a la hora de arreglarlo todo
te pusiste los pantalones de componer tu tierra.

Estás viejo, mi criollo. El mechón y la ceja
se te van ya del blanco al color de agua,
se te volvió algodón la flor de parcha,
pero la flor del guapo es como las orquídeas
que las más caras son las blancas.

¿Viejo? Lo viejo es lo que hacemos viejo.
Si envejecen las cosas que hicimos,
envejecemos.

¿Pero quién fue a decirte viejo trasto,
viejo araguato, injertado de tu propia glándula,
si esta tierra la hiciste con tus riñones
y ahora es cuando le quedan partos de tu semilla?

¿Viejo? Hace cuarenta años,
antes de que tú y yo fuéramos injertados de gorila
en la playa de Camurí
amarré un cascabel al cuello de una ola.

Esta mañana fui a bañarme
y del tropel de olas saltó la misma ola.

Campanilleando, como una cabrita,
saltó hasta mí, que soy un criollo viejo,
saltó hasta mí, sin tiempo, toda blanca,
la mar, la mar, que no conoce el tiempo.

LOS HOMBRES

He de contaros lo que vi esta tarde,
puesto que soy feliz.

Yo andaba solo por los aledaños
de la ciudad inmensa;
crucé aldeas regadas como tiestos
y poblados color de feria.

Volvía a casa, bajo altísimos árboles,
por la Avenida vieja, tan grata a los filósofos,
cuando empezó a llegarme
de todos los lados una racha de voces.

Al salir a la glorieta,
donde las hojas nos chupan el ruido de los pies,
vi avanzar, por cuatro calles,
esposos grupos de hombres y mujeres.
Todos eran hermosos, todos hablaban
con un noble sosiego y sus lenguas
se sentían nadar en pensamiento.

Todos
traían linternas en las manos.

Al llegar,
me fueron acercando
sus luces a mi rostro.

Eran hermosos hombres y hermosas mujeres,
florecidos por fin para gozo del mundo.

Quedaron silenciosos,
mirándome,
hasta que, hurtándome a sus luces,
les pregunté: —Decidme,
¿adonde vais con tanta luz?
y rompiendo la marcha, respondieron:
—Vamos buscando a Diógenes.

CARACAS 2.000

Caracas: ciudad venezolana;
un millón de cabezas
veteadas de cruzamientos.
Multitud irisada en cuatro resultantes
del récipe inmigratorio
sobre el criollo ajustado al punto de canela.

Turbas de atletas adolescentes.

Lentas barbas de vaho
bajo las bocas licenciadas de los primeros sementales.

Prietas, blancas y ágiles mujeres;
máquina de amor internacional
con fuselaje criollo.

Largo pueblo, aromado de jabón y de escuela.
Una voz de frutero que acerca las montañas.

Casas llenándose de gritos de la calle,
como goletas con vías de agua.
Postigos mal cerrados, vaciándose de cantos.

El transeúnte cata la mistela de vientre
que le da una mujer asomada a un perfume.

En la Plaza Bolívar
—sin barandas, sin mosaicos,
sin hombres a media ración—
árbol, estanque, velas de balandros,
juguetería,
y lobos, *nurses*, bancos,
niños
y
Bolívar.

En la Plaza, cercada de mármoles,
la Catedral, la Escuela,
la Casa de Comunicaciones,
la Casa de la Ley,
el Palacio del Pueblo, con sus altoparlantes
que dan la pulsación de la Casa Gremial.

En la plaza se cruzan las avenidas caudalosas,
con sus taludes de frontis sacudidos de ofertas.

Calles con columnatas
entre casas de pocos pisos,
calles sin rieles
con almacenes puestos sobre las manos
en la intriga del escaparate,
como el antejo de las mujeres miopes.

El gallardete de una Mensajería
anuncia la zarpada de los barcos del pueblo
que van a Oriente, al Zulia, al Orinoco, al Mundo,
sobre la mar de todos,
ahora que la mar es de la tierra.

La radio de los rotativos
suelta voces de los cuatro puntos del Universo.

—Llegan voces de Africa
y voces del Polo,
como grifos que dan agua fría o caliente—

Del perímetro vienen los alaridos nuevos
que hacia los barrios de Antímano
y hacia los declives de Chacao
da la ciudad de veinte pisos.

Al Sur, el barrio obrero
tira al aire su gorra de jardines.

Los ómnibus sirven mujeres cosechadas
en las nobles arboledas del Paraíso,

Al cruzarse dos aviones,
una alondra se salva en un hilo de vuelo.
Una pausa inaudita interviene en los rumbos
cuando pasa una anciana que da la mano a un viejo.

Sobre el cerro del Calvario,
el Botánico y el Zoológico;
los niños rodean al Panteón, bien lleno de pasado,
bien exonerado de actuación,
bien saludado de Porvenir.

Sobre el Observatorio, una tertulia de planetas
conversa en esperanto sideral.

El sacacorchos del tren eléctrico,
destapando al Ávila por el túnel
brinda al valle el champaña seco del Mar Caribe.

A la puerta de la Universidad
los niños juegan frente al monumento de febrero,
que es un grupo de mozos y mozas con boinas.

Frente a la Casa de los Gremios
se otorga a las mujeres
el premio de Maternidad.

Ya es hora de paseo
y hemos de ir al Parque de los Mártires.

Este es el Parque amado de los niños.
De un lado, el *auditorium*,
del otro lado, el Museo de la Infancia.

Son dos circos gemelos
hechos sobre los circos de las viejas Rotundas.
Lo que fue cárcel política
es aula de conferencia;
lo que fue ergástula
es laboratorio experimental de venezolanos.

En el viejo patio de la cárcel,
está el Parque de los Mártires;
el monumento
con su baranda hecha con grillos y cadenas
y con su estela de mármol
que tiene escritos los nombres de los patriotas muertos.

Un niño

Se ha dormido sobre una de las cuatro pirámides
—hechas también con hierros de tortura—
una golondrina
ha rozado el metal mohoso de las barras
y el frío ha subrayado los síncope del mármol.

Mil niños llenan el parque;
al cruzarse dos jóvenes,
dos pudores se salvan en un hilo de miedo
y una pausa inaudita interviene en los rumbos
cuando llega una anciana que da la mano a un viejo.

Le rodean los niños.

Es un viejo que ya se va
y que tuvo veinte años para el año 18.
Dijo a todos los niños del Parque de los Mártires:
—Esta es mi novia;
nos casábamos el 28.
Ya estaba a punto de sembrarla y le ofrecí una carga de hijos,
era cogida en la sabana y cada vez que nos mirábamos
nuestros ojos se retardaban en un cálculo de cosecha.

Aquí me trajeron de noche,
aquí me cargaron de fierros
y me colgaron de una viga hasta sacarme las palabras,
y al quedar en el suelo, miré que arriba estaba
el terrón con que Dios hizo mi mundo,
mi pedazo de varón ahorcado.

La santa fibra del testículo
goteaba en mi cabeza de buey
que arrastra la labranza estéril de mi cuerpo.

No sé ni cuantos hijos me mataron entonces.
La novia quedó así, cerrada como piedra.
Era tierra que daba diez hijos con buen riego.

Pero al que más lloramos fue al mayor de los hijos,
el que casi le tuve a flor de vientre.
Se hubiera llamado Juan y habría sido carpintero.—
Fue un asombro universal
cuando avanzó un buen mozo de boina,
subió las gradas del Monumento
y en la estela que tiene la lista de los Mártires
escribió: —El Compañero Juan, Carpintero.

CREAR

A la puerta de la Exposición de Inventiones,
me asaltó una muchacha de honda mirada negra.

Era bonita, pero toda azogada;
sus manos se cruzaban y descruzaban
con imantaciones reflejas;
era toda un nervio forrado de mirada.

Hablaba atropelladamente,
como si las noticias
le hicieran equilibrios en la lengua.

Me dijo:
—Todos esos inventos que hay allí
son bostezos de ingenio,
más o menos afortunados,
pero, nada;
allí, detrás de los inventos
se adivina a los inventores.

Allí no hay altruismo,
allí no hay humanidad.

Esos hombres
han inventado cosas
para patentarse ellos mismos.

Yo, en cambio,
inventé algo de infinita piedad;
mi creación
le enmienda la plana a la Naturaleza
y me hace comandataria del Ser Supremo.
Y, ya ve Ud; no han dado entrada a mis ideas—

Yo detuve sus manos,
que saltaban como peces en la red del argumento.
Le pregunté: —¿Cuál es su invención?—

Y me dijo: —Compañero,
yo inventé los veranos en conserva,
yo inventé los inviernos fiambres,
sí, veranos e inviernos
para meterlos en lata,
para enviar veranos a Rusia,
para enviar inviernos a África,
para los hombres, para los niños
que pasan seis meses sin Dios.

Las manos
se le amasaron de repente.
hicieron hueco
como si contuvieran un planeta
y se metió su Mundo en los senos calientes.

HIGIENE DE LA AGONÍA

Y ahora, hijo mío,
mi fuerte, mi nuevo hijo,
ha llegado la hora índice,
la hora resumen de las horas.
Esta tarde moriré; esta tarde
seleccionada entre cuarenta mil tardes
para dedicarla a mi muerte.

Ahora, repetiré mi zarpada,
ensayada en mis tránsitos pretéritos.

Espero, hijo mío.
que ésta será mejor y la otra, perfecta
como borde filial de mi plano de luz.

Esta tarde
te sentarás frente a mí
y toda la vida
comentarás con tranquilo recuerdo
el gesto de mi muerte.
Así, en la hora tuya
lograrás un airoso tránsito.

En tu agonía,
enfila el pensamiento a la tierra,
donde no te enterrarán para siempre.

Agúzate, porque el entierro
será una zambullida
en el *subway* de la Muerte,
para salir de nuevo más allá de tu tiempo.

Te siembran
para que colabores con el motor del mundo.
que tiene necesidad de combustible.

Tu alma será carburada
y la savia y la luz de tu entidad astral
te serán devueltas en la primera estación,
capitalizadas.

Ahora,
piensa en tu cuerpo
para la hora de irte.

Tu alcoba lia de estar
en una luz templada,
entre un perfume casi sospechado,
sin recargo de flores,
con una música venida de afuera.

No evites el cirio,
que da a los ojos abiertos
cierta claridad de agua de conciencia.

No permitas que tus pies se separen;
es grotesco;
muere con los pies juntos. Cita a la Muerte
con finura de banderillero.

El cuerpo
caiga con gracia de descanso;
que el contorno delate
la suavidad de un bañista.

Los brazos, sobre el pecho,
o tendidos a los lados,
anticipando una elegancia respetable
de fantasma.

Las aletas de la nariz, al sumirse
te pesquen un reborde de sonrisa sensual.

Con las manos
empuña la despedida como un timón de balandro.

En el minuto supremo,
entrégate con docilidad
al trabajo de saltar de plano a plano.

Detén un poco el alma
en la explanada del pecho
El alma ágil, sofrenada, allí,
como un caballo blanco y tembloroso;
pruébale el freno, que no se adormezca,
y en el instante preciso,
espoléate y salta
con un salto limpio
en que huya
la gracia del joven caballo
que lustra los tendones calientes
con un sudor de campeonato.

El frío
siéntelo con la fruición
de abrazarte a una mujer recién salida del baño.

Para morir, tus ojos
guárdense del estupor bizco
de los caballos de estatua.

Mírate partir
con la mirada horizontal de un tribuno en descanso.

Esa mirada concrete
toda la épica de la agonía.

A tu frente
estará tu hijo, en cuyos ojos
mejorará la luz de la perfecta muerte.

AL HIJO DE MI HIJO

Amigo: ¿Esperabas que te profetizara
la maravillosa máquina del año
2.000?

¿El dinosaurio eléctrico
El *Superdreadnought* aéreo
El acumulador inextinguible
El *raid* a Urano?

¿Julio Verne? ¿Marinetti?
No puedo, amigo mío.
Acaso viviréis de un modo nuevo,
sobre una tierra nueva. —Acaso un disparo
de tu Máuser Modelo 2.000 haga órbita.

No sé. Pero te anuncio otra cosa.
Te anuncio a ti mismo.

Si mi vaticinio se cumpliera,
yo sería feliz a mi regreso,
como si hubiera pagado la cuenta corriente del Apocalipsis.

Para el año 2.000, amigo mío, espérame.
Pasaremos juntos bajo aquella noble arboleda
que tendrá al Sur tu ciudad
y hablaremos de mi profecía.

Gozaremos una tarde deliciosa
y volveremos a las calles,
ansiosos de contemplar mi presagio.

No te anuncio el mecanismo milagroso.
Para el año 2.000 sólo te ofrezco, amigo,
esto: El hombre humano.

Cuando él llegue,
las máquinas lograrán un corazón, como los seres.

Y tú pensarás en mí
que te ofrecí al hombre humano.

Desde el día en que él llegue,
se empezarán a contar los años.

¿Esperabas más? No puedo, amigo; tengo sueño
y hace dos vidas que no como.

VOCABLOS REGIONALES:

Avancino: Audaz, resuelto.

Cabildeo: Reunión espontánea de ganados que olfatean algún peligro.

Calcetas: Tierras accidentadas.

Carabalí: Planta leñosa.

Catires: Rubios.

Entreverado: Plato llanero, preparado con vísceras de buey.

Esquinero: De esquina, propio del guapo.

Flor de Parcha: Peinado típico del guapo (mechón sobre una ceja y rizos).

Guachamarón: Guapo, valiente.

Guarapo: Bebida refrescante de caña u otra planta.

Guasacaca: Salsa picante llanera.

Larense: Natural del Estado Lara.

Lefaria: Fruta del cacto.

Malojera: Triste, mal, cariacontecida.

Parrandones: Jolgorios, fiestas.

Queseador: Vaquero que hace queso.

Sanjuanero: Individuo oriundo de la Parroquia San Juan, Caracas, de antigua fama de bravo.

Tapices: Pantanos del llano.

Tumbadores: Jinetes expertos en tumbar reses en carrera tirándoles de la cola (lo que se conoce como colear).

Una Chinga: Un poquito.

Vaquería: Reunión de vaqueros para reparto de reses.

ÍNDICE

UN FUTURO CON NOMBRE DE COLOMBISMO	7
PRÓLOGO	15
AUTORETRATO	
Nací en una revuelta	19
LA CASA, LA NOVIA Y JUAN	
Juan Bimba	25
La novia de Juan Bimba	28
El caballo	31
Colegio	33
Juez	35
Ejército	36
Mitin	37
Cancelación	38
Penitenciaría	39
Carga	42
Calzada	44
Pantanos	46
Cimarrón	48

Ecuatorial	50
Congreso	51
Esquileo	53
El extraño	55
Monarcas	56
Las palabras de harina	57

TOURING - CLUB. ITINERARIO

Bogota - Caracas	60
Caracas – Rio	62
De la costa al Llano	64
Del Lago a la Selva	66
Cueva del Guácharo	67
Hostería	69
De Oriente a la Sierra	72
Panne	79
Atlántico	80
Pacífico	83
Costas	85
Aconcagua	87
Paisaje entre estaciones	88
Nueva York — Buenos Aires	89
Veleros	92
Circunvalación	93
Domingo	96

Polo	97
Vecinal	98
Camineros	100
Viaje al fondo del Mar	101
Rumbo	104
Campo de batalla	106
Antípodas	108
Week – end	109
Cosmópolis	111
Regreso	112
Fondeadero	114
 CINE OBRERO. ARGUMENTOS	
La trituradora de piedras	119
 CINE AGRARIO. ARGUMENTOS	
Los hijos del boyero	125
 CINE PECUARIO. ARGUMENTOS	
La vaca va a pasos largos	133
 CINE MARÍTIMO Y FLUVIAL. ARGUMENTOS	
No sabe el río lo bueno	139

ORINOCO

La prueba	145
La casa de Walter Shonfeld	149
Retrato de Walter Shonfeld	151
Granja	154
Canto de Juana Shonfeld	156
Cumpleaños	158
De Alemania ha Venido	161
Dos niños y una estrella	164

MUSEO

Arquitectura	167
Pintura	170
Música	172
Danza	174
Escultura	176
Palabras del poeta en la tarde	178

POEMAS DEL TIEMPO DE LA QUINTA ESPOSA

Raza	183
Hora	184
El Himno de las madres	185
Labor	188
Censo	190
Garcero	192

Guachamarón del 30	194
Los Hombres	197
Caracas 2.000	199
Crear	205
Higiene de la Agonía	207
Al hijo de mi hijo	211
VOCABLOS REGIONALES	213

BAEDEKER 2000
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
Mayo de 2025





En *Baedeker 2000*, Andrés Eloy Blanco aborda una suprarrealidad usando un lenguaje audaz y arriesgado, pero que al mismo tiempo se ubica muy lejos de hermetismos de cualquier tipo. Esta novedosa manera de tratar la realidad la denomina el autor “Colombismo”, término que definía así: “...no es una nueva escuela, es un estado del alma. Se trata de una actitud descubridora del poeta en contacto con la realidad americana”. Aunque cronológicamente pertenece a la Generación de 1918, no puede ubicarse a Andrés Eloy Blanco dentro de una escuela determinada; siendo unas veces romántico, otras modernista, otras creacionista o ultraísta. Con *Baedeker 2000* el poeta rompe esquemas y adopta plenamente el verso libre, aunque conservando siempre el ritmo, la cadencia y la fluidez de su decantado lenguaje poético.

ANDRÉS ELOY BLANCO MEAÑO (Cumaná, 1896 – México, 1955). Poeta, político y abogado venezolano. Autor de una extensa obra en poesía y dramaturgia, además de una gran cantidad de artículos periodísticos, gozó de enorme popularidad en vida, por lo que fue conocido como “El poeta del pueblo”, y sus dotes como orador fueron muy celebrados en su tiempo. En 1923 recibe el primer premio en el concurso literario promovido por la Real Academia Española de la Lengua en la ciudad de Santander, España, con su poema “Canto a España”, lo que le otorga notoriedad internacional. Muere exiliado en México en 1955, víctima de un accidente automovilístico. Sus restos reposan en el Panteón Nacional desde 1981.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA

